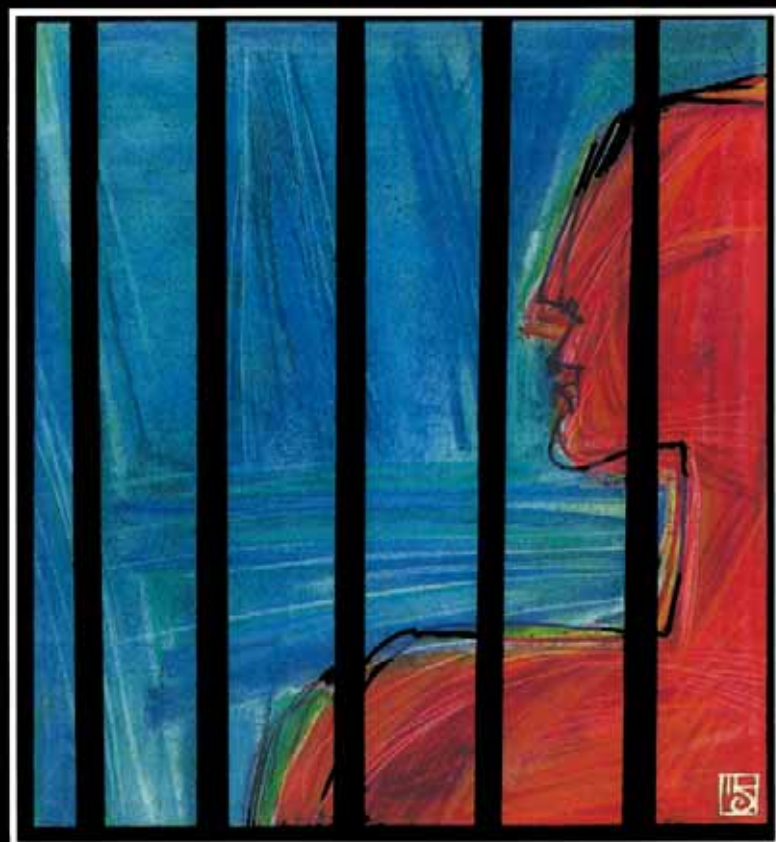


VICTOR MANUEL ARBELOA

CUARENTA Y OCHO HORAS

(Relato sombrío)



**CUARENTA Y OCHO
HORAS**

© VICTOR MANUEL ARBELOA
Portada: Mariano Sinués
Imprime: I.G. Castuera S.A. Burlada (Navarra)
I.S.B.N. 84-404-3773-0
D.L.: NA. 58-1989

VICTOR MANUEL ARBELOA

CUARENTA Y OCHO HORAS

(Relato sombrío)

*Los hechos sucedieron en 1973
El libro se escribió en 1976.
Y se publica doce años más tarde.*

Parecía claro que el momento estaba bien escogido. En las jornadas del 18 y 19 de noviembre en el Seminario habíamos hecho un análisis a fondo de la situación general de España, del proceso 1.001, de los presos de Zamora, de las relaciones Iglesia-Estado, etc.

El lunes anterior, en las Reparadoras, en presencia del obispo auxiliar, defendimos algunos la necesidad de llevar a cabo un gesto colectivo y público de solidaridad y de protesta. Era el primero y podía ser eficaz. Habíamos consultado con gente de base y a casi todos les pareció bien.

No había absoluta coincidencia. Alguien habló de «gesto precipitado». Dos o tres nos reprocharon, con mayor o menor calor, que habíamos urdido la cosa sin contar con el resto de la gente. Pero, a pesar de todo, y, a pesar de lo que dijo el obispo auxiliar que, como obispo auxiliar, no dijo nada, el grupo organizador decidimos reunirnos en las Canosianas al día siguiente y poner en marcha la acción. Esperar más era desaprovechar la ocasión de la huelga de hambre de los curas de Zamora y desaprovechar el momento socio-laboral de Pamplona.

En las Canosianas la votación dio 11 votos a favor de encerrarnos en el palacio arzobispal contra 2, que decidieron también encerrarse al ser tan clara la mayoría. Alguien dijo que Ricardo, siendo diácono, no podía jugarse las órdenes, lo que a todo el mundo le pareció bien. Tampoco Miguel, metido en el lío de Txarrena, podría venir. De Burlada sólo vendría uno, sin que nadie pidiera más explicaciones. Contábamos con los de Tafalla, Estella y tal vez con uno o dos de Tudela, contando casi seguros dos jesuitas de la E.T.I. «A las siete y media en las Reparadoras, para ir en grupos separados hacia el palacio, para entrar a las ocho», fue la consigna. Nada de teléfonos. Al volver, cada uno avisaría a los de la zona.

A las seis y media del día 5, Abel y José Luis salieron de mi casa, donde preparamos el breve comunicado para darlo a la prensa por la noche. Parecía claro que el momento estaba bien escogido. Además de la situación general, en Pamplona el ambiente era excelente. En Obenasa los obreros estaban sancionados de empleo y sueldo durante dos días, por haber parado el día 4. En Undecasa todos los obreros estaban despedidos y la empresa cerrada. En Txarrena la cosa cada día estaba peor; el paro afectaba por lo menos a 250. Piritas, S. A. sancionó ese mismo día a más de 200 obreros de fábrica, que habían hecho paros intermitentes, con suspensión de empleo y sueldo. También Planchaciones de Zuría estaba cerrada tras el cambio de gerencia y la compra de la empresa por Altos Fuegos.

El momento no podía ser mejor.

Día 5

SIETE DE LA TARDE

Pensé que podrían venir a registrarnos las casas en caso, probable, de detención. Pero era demasiado tarde para hacer una limpieza general. Metí, pues, en la cartera de mano lo que me parecía más llamativo y que al mismo tiempo podía servirme en las horas de encierro, de lectura y de comentario. Cogí las últimas *Rimas*, tres números de *Mundo obrero*, dos ejemplares de *La Lucha de clases* y otros dos de *El Socialista*. Metí la máquina de afeitar, la pasta y el cepillo de dientes, una pastilla de jabón y un frasco de colonia. No cabía más. Mi madre sabía que íbamos a encerrarnos y no era menester dejarle ningún aviso: al día siguiente estaríamos en casa.

Bajé, como siempre, en el ascensor. La cartera abultaba demasiado, pero no era cosa de volver. Fui a la parada del autobús más cercana, menos descarada, junto a la cabina de teléfonos, en la plaza del Norte. No había nadie esperando. Faltaban cinco minutos. Aproveché la ocasión para dejar en la repisa de la cabina algún papel, como de costumbre. Entré y, con el mayor disimulo posible, mientras cogía el auricular con la izquierda, dejé con la derecha un ejemplar de *La Lucha de Clases* y otro de *El Socialista*. Cerré la cartera, abrí, con cierta dificultad, la puerta automática de la cabina y salí. «La Montañesa» salía de la plaza de los Castaños.

En ese momento, salido no sé de dónde, alguien se abalanzó sobre mí: paracaidista nocturno, diablo de la guarda, fiera apostada.

—Ya has caído, cabrón.

Me agarró por el cuello del anorak. Era fuerte y alto. Me llevó casi en volandas a un coche, que se acercó silencioso de la parte izquierda de la carretera. Antes de entrar, dejé caer la cartera al suelo aprovechando el rumor del coche y la confusión del momento. Pero me la cogió al momento mi anónimo guardaespaldas.

Me metió en el coche. En el asiento derecho de la parte trasera. El se puso a mi izquierda, con mi carpeta en la mano. Otro muchacho, con bigote, iba sentado en la parte delantera. El chófer parecía tener algunos años más. Nadie dijo una palabra. Arrancó levemente el coche.

Al llegar al cruce con la calle de San Esteban, me preguntó el alto y fuerte:

—¿Cuántos sois?

—Nadie.

—He dicho que cuántos.

—Yo solo. Estoy solo. No hay nadie más.

—Ya bajo yo.

Y el del bigote, pequeño y ágil, se bajó y echó a correr por la calle de San Esteban, de Barañain, mientras el coche se paraba lentamente junto a la tapia de las escuelas.

Fui a volver la cabeza.

Me agarró fuertemente.

—Quieto.

—Bueno.

—Las manos sobre las rodillas.

CUARENTA Y OCHO HORAS

—De acuerdo.

Volvió poco después el pequeño de bigote.

—Adelante.

Pasamos junto a las casas de los maestros, del colegio de las monjas, hicimos stop al llegar a la entrada de la urbanización, y el coche enfiló la carretera de Pamplona, bordeando la tapia del hospital, llena de letreros convocando a la huelga general.

Nadie hablaba nada. Tal vez era mejor. Pero yo sentía unas irresistibles ganas de hablar, entre otras cosas para quitar el miedo. Una palabra era entonces un alivio.

Seguimos por la carretera que va hacia la clínica universitaria y la universidad. Nuevo stop. Volví a moverme.

—Quieto. Y las manos quietas.

—Hombre, que yo no llevo pistola.

—Cualquiera se fía de vosotros, cabrones.

—Regístrate si quiere y trátame bien, por favor. No tiene derecho alguno a insultar.

Hubo un penoso, lacerante silencio.

—¿Eres cura obrero?

—No. Trabajo escribiendo y estudiando. Eso es todo.

El coche enfiló la avenida de El Ejército.

No pude contenerme y pregunté

—¿A dónde vamos?

—Normalmente, en estos casos, se suele ir a la Comisaría.

VICTOR MANUEL ARBELOA

No estoy seguro. Pero tal vez, el ver la Vuelta del Castillo, escenario hace unos cuantos años de ejecuciones, me provocó allí, en las oscuras galerías de mi subconsciente, esa estúpida pregunta.

Día 5

OCHO DE LA TARDE

El coche se detuvo junto a la puerta de los pasaportes. Había dos policías de guardia. Bajó el pequeño de bigote y cambió con ellos unas palabras secas y breves, que no pude oír. Uno de ellos entró a prisa en la casa. Me abrieron la puerta y salí. Detrás de mí, con mi cartera, mi acompañante celoso. Subimos las escaleras y entramos al vestíbulo amplio que da paso al corredor donde se agolpa la gente para sacar el pasaporte y el carnet de identidad. Un grupo de policías, de uniforme y de paisano, estaban junto a la mesa del vestíbulo. Una mujer, entrada en años, se sentaba en el banco de la pared derecha. Me condujeron hasta el pasillo y me dijeron que aguardara. Esperé por allí mirando sin ver, oyendo sin escuchar, moviéndome sin andar.

Por la puerta principal entraban y salían jóvenes con uniforme o sin él. Dejaban pesadamente el fusil sobre el banco y se mezclaban en el corro. Se abrían y se cerraban las puertas. Por el pasillo pasaban continuamente policías jóvenes, algunos de paisano un poco mayores. ¿Ocurría algo? ¿Era mi detención una parte sólo de alguna redada?

Los reunidos en el piso 14 del número 11 de la calle de San Esteban pensaron que se trataba de algo parecido, cuando alguien les avisó que un policía secreta había detenido durante unos segundos a uno que corría a coger «La Montañesa». Era la comisión obrera de Authi, y cada uno escapó por donde pudo.

De la habitación central del vestíbulo salió un muchacho fuerte, de media estatura, con bigote rojizo, probablemente postizo. Me pidió el carnet.

—La cartera también.

—¿También el dinero?

—No se preocupe. Se lo devolveremos. Cuéntelo.

Había una moneda de 50, otra de 25, dos de 5 y las pesetas rubias preparadas para el autobús.

—¿Cuánto es?

—Setenta y tres, creo, No, ochenta y tres.

Volví a contar.

—No, no, ochenta y ocho.

—¿Lleva algún objeto?

—Las llaves de casa.

Entró con las llaves en la habitación contigua. Salió en seguida.

—Quítese el cinturón.

—Y el reloj.

—¿También el reloj?

—Sí.

La cosa estaba clara. Iban a meterme en el calabozo. Sentí un terror ramificado por todo el cuerpo. Me costaba desatar la correa del reloj, que me había traído de Canarias mi primo Máximo. Un reloj corrientucho, con la correa negra ya muy desgastada. Eran las ocho y 42 minutos. Fue como una necesidad, como una última voluntad, como un recuerdo familiar dejado a última hora: la hora de mi propio reloj.

En el ayuntamiento los concejales hablaban del tercer pago a Abonos Orgánicos Fermentados y el presidente de la comisión de Relaciones y Cultura no estaba de acuerdo en que el pago se cargara no al presupuesto de basuras sino a la partida de subvenciones.

—¿Medalla?

Me desabroché la camisa. La miré fijamente. «V.M. Estella, 31-10-65». Era el día de mi partida. Me costó descubrir la palanquita del círculo dorado. Estaba evidentemente nervioso.

—Los lazos de los zapatos.

—¿Y para qué?

—Hombre, para que no se ahorque en un mal rato.

—¿Tan mal nos tratan?

—No... Ya lo verá.

Mientras tanto escudriñó la cartera de bolsillo: el carnet, una tarjeta de investigador de la Biblioteca de la Diputación Foral de Navarra, n.º 00211, y otra de la Biblioteca Central, n.º 10.912. Dos teléfonos en un papel pequeño, y una tarjeta de visita: «María Inés Armendáriz, Manterola, 17, San Sebastián».

—¿Esta dirección?

—¿Cuál?

—Esta.

—Ah...

—¿Quién es?

—No recuerdo.

Esta vez se sonrió con la sonrisa del gato satisfecho, con la de quien encuentra al fin un escondrijo buscado.

—¿Tan fea es?

—Ni fea ni guapa. Es una chica que trabaja sobre el movimiento obrero en Guipúzcoa.

—Ya. Ya hablaremos.

—La mujer sentada en el banco pasó a la habitación del fondo, mientras un policía de paisano le saludaba atentamente.

—Eh, puedes bajarlo.

Bajamos por la escalerilla que se abría a la derecha de la mesa del vestíbulo. Una, dos, tres, cuatro, cinco. Un descansillo. Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Un corredor con una luz blanca, furiosa, implacable. Celdas a derecha e izquierda. Uno de los dos policías que me acompañaban indicó a su compañero.

—La del fondo.

Día 5

NUEVE DE LA NOCHE

Al principio le daba como rabia rezar. Rabia, no: vergüenza. ¿Por qué ahora y no antes? Evasión, tapaagujeros, ilusión, opio, jeringas, cuerno de la luna. Corazón de un mundo sin corazón. Pero pronto se dio cuenta de que en todos los momentos más importantes de su vida, tristes o alegres, rezaba. Cada año de manera distinta, es cierto, pero rezaba. Cuando le daban la beca o cuando su madre estaba mal y corría como un loco por el barrio Batán de Madrid buscando un médico. Cuando se subía a la copa lírica de la amistad o cuando se sentía subterráneamente solo. ¿Por qué no rezar ahora? Aunque no quisiera, lo haría. Lo estaba haciendo ya. Desde que lo detuvieron, pensó en Dios y en la iglesia universal. Era como un universo, como una costumbre. Más: como una piel, como una atmósfera, como la misma vida.

La celda estaba helada. Pero sobre todo oscura, ciega, brutal. Era como un animal muerto, petrificado, sin remedio. La boca del lobo siempre abierta, devoradora, metiendo miedo.

Eligió, sin elegir, una oración fácil, habitual, aprendida de niño, cuando se aprenden para siempre las cosas más elementales y fundamentales de la existencia. Una oración que era como un respirar inconsciente, como decir la A con la B, y la E con la S. Miró a la ventana cerrada, con el cristal opaco y unos barrotes ligeros por delante y por detrás.

Comenzó a moverse de un lado para otro: no habría más

de un metro de largo y de ancho. Era como una noria breve y cuadrada, juguete de marear por poco precio.

—María, Madre de gracia, Madre de piedad y de misericordia...

Misterios dolorosos, sí. Hoy no había otros. Y comenzó a contar las Ave-Marías con los dedos, como cuando, de seminarista, se le olvidaba el rosario y tenía que rezar poniendo las manos debajo del cerquillo del púlpito.

—Primer misterio: Jesús condenado a muerte.

¿Pero no era ridículo ponerse tan trágico, comenzar a rezar el rosario y compararse con Jesús condenado a muerte? Seguramente lo era, pero entonces esto era lo normal para él, era lenitivo y era real. ¡Progresismos de mierda!

Se oyeron unas pisadas sonoras lejos. Se abrió la puerta del corredor. Ruido de llaves. La puerta. El cerrojo. Ni una palabra. Alguien entraba en la casa. Un huésped silencioso y discreto.

—Dios te salve, María...

Cada Ave-María pensando en alguien, en algo, como les había enseñado el P. Aguinagalde, y lo habían hecho tantas veces, en Pamplona, en Comillas, en las reuniones de la JOC.

El huésped tosió secamente. Tosió él a su vez, iniciando ese viejo, primitivo lenguaje humano elemental, reconfortante, sobre todo en estos casos. En el Seminario, en el primer piso derecha de las camarillas, en cuarto de latín, no podía a veces dormir. Daban las horas, las pesantes, insistentes horas de la noche. Alguien tampoco dormía: Carlos, Javier, Jesús... y tosían.

—Ejem.

—Ejem.

—Ejem.

Y se consolaban. Al final sólo quedaban dos y luego amanecía o tocaba la campana y había que levantarse.

Pero el huésped no contestó. Era un huésped discreto. Quién sabe quién.

—Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de...

¿Y María Inés Armendáriz? ¿Quién podría ser? ¿Sería ese su nombre? ¿O sólo el enlace del PSOE en San Sebastián? ¿Y si le llamaban por teléfono esta noche?

—Quinto misterio...

Había rezado muchas más Ave-Marías que las de costumbre. Igual que don Jesús que, cuando le daba el patatús, rezaba doscientas o trescientas, haciendo aquello interminable. Le hizo gracia el recuerdo. ¡Qué tiempos!

Y luego la letanía. Aquel latín, tan bello y ya tan abandonado.

—*Sancta María.*

—*Sancta Dei Genitrix.*

Lo sabía mejor en latín que en castellano. Pero dudaba a veces, se repetía o se adelantaba.

—*Sancta Virgo Virginum.*

¿Qué pensarían sus amigos en el palacio arzobispal? Pensarían que se rajó a última hora? Pero Abel les diría que no, que estuvieron preparando todo hasta media hora antes.

—*Mater purissima.*

Su madre estaría tan tranquila pensando que estaban en

el palacio. ¿Y si telefoneaban de allí? Pero llegaría algo más tarde de casa de Meli.

—*Mater castissima.*

—*Mater...*

—*Virgo fidelis.*

Virgen y fiel. Ay, la fidelidad. La fidelidad es virgen. María Inés Armendáriz. ¿Y si le telefoneaban? Pero no contestaría. O sería un teléfono con clave.

—*Virgo fidelis.*

¿Qué dirían sus amigos?

—Por mis amigos, para que no les pase nada.

—*Causa notrae laetitiae.*

Sor Leticia era la cocinera del Seminario. Qué tiempos. A veces se le olvidaba echar aceite a las patatas o azúcar a la leche. Y cuando los de semana les decían por el torno que la gente protestaba, contestaban las monjas que hicieran una pequeña mortificación.

—Pero se les olvidaba o es que faltaba el aceite?

—*Causa notrae laetitiae.*

¡Alegría, alegría! Y se acordó de aquella vieja lectura de *Mis prisiones* de Silvio Pellico, y de la más reciente *Memoorias de la casa muerta*, de Dostoyevsky, llena de criminales ocasionales y criminales de profesión, de bandidos y capitanes de bandidos, de ladrones y vagabundos: Sirotkin, Petróvich, Gázim, Akím Akímich... ¿Cómo podía aguantar Mariano tanto y escribir Paco esas cartas tan llenas de espíritu, de coraje, de alegría? Tal vez se sentiría él más fuerte después y se sentiría alegre y feliz.

—*Janua coeli*.

Al final, las invocaciones —¿o advocaciones?— le parecieron demasiado iguales, un poco clásicas, un poco viejas, aunque le gustaba tanto aquella de *Stella matutina*. Y añadió por su cuenta:

—Sótano claro de comisaría.

—Ventana abierta de calabozo.

—Música o ruido para presos.

—Foco tibio de celda.

—Emisora de bolsillo para detenidos.

—Celda ancha y recién pintada.

—Silla o taburete o cojín en el suelo.

—Calmante contra el miedo.

—Madre.

Día 5

DIEZ DE LA NOCHE

Cuando estaba en ese divertido ejercicio de devoción e inspiración, se abrió la puerta del pasillo. Se acercaron a su celda, descorrieron el cerrojo y abrieron la puerta.

—Vamos.

La señora Bernardina volvía intranquila a su casa. ¿Qué harían esta noche en el palacio episcopal? ¿Ya podrían dormir? ¿Y si el obispo los echaba? Aguardaría hasta las 12 sin acostarse. Tal vez le telefonearía.

Cruzó la última «Montañesa» la esquina de San Esteban. Abrió la puerta de la calle. Subió en el ascensor. Al llegar al piso, estaba la luz del pasillo encendida. La puerta se abrió con una sola vuelta. Quedó parada: de un golpe vio luces encendidas, gente en casa, papeles, carteras, libros revueltos.

—¿Qué pasa?

Se le subió la sangre a la cabeza, el corazón a la garganta.

—Buenas noches, señora —se adelantó el inspector jefe— Nos ha dado su hijo la llave y hemos venido a hacer un reconocimiento de rutina.

—¿Y dónde está?

—No se preocupe. Está bien. No le pasa nada.

—Pero ¿dónde?

—No le pasa nada. Está bien.

No insistió. Podía estropear las cosas. ¿Los habrían detenido en el palacio? ¿Les registraron las carteras? ¿O les daría la llave como señal de confianza? Fue a su cuarto. Dejó el bolso. Volvió enseguida. Pero miró antes si habían tocado el armario de su cuarto y la llave que dejaba siempre debajo del edredón. Todo estaba en su sitio.

Estaba el portero, el señor Angel, con su cara de ángel caído y que no pudiera levantarse, y el vecino de arriba (Hola, no es nada, señora Bernardina, no, nada, nos han dicho que subiéramos para acompañarlos a hacer el registro).

—Ah, ¿pero es un registro?

—No, no señora, por favor, un reconocimiento de rutina.

—Pero es que mi hijo es escritor y tiene todas esas carpetas para cosas de sus estudios, para la cosa social y así.

—Sí, por Dios, no somos tan ignorantes para no distinguir lo que es cosa de estudio de lo que no es.

—Además ahora está preparando con el P. Batllori, un jesuita catalán que está en Roma, que es de la Real Academia de la Historia, unos trabajos sobre anticlericalismo, y, sabe usted, tiene muchas cosas de masones, de comunistas, de socialistas, y todo eso.

Dos jóvenes, policías sin duda, miraban libro tras libro en el estante del cuarto de trabajo. En la sala de estar otro, sentado, hojeaba unos papeles.

—¿Usted también es de la cuadrilla?

—Señora, no somos ninguna cuadrilla.

—Perdone, si ha venido también con los demás.

—Sí, claro.

Fue al cuarto donde dormía su hijo. El pequeño estante de libros estaba removido, con señales claras de haber sido registrado. Abrió la mesilla. También la habían visto.

—¿Pero también estuvieron aquí?

—Sí, señora —contestó el inspector—, pero todo se ha hecho con orden. Hemos mirado sólo lo indispensable en estos casos. No hemos tocado nada que no fuera absolutamente indispensable.

El señor Angel iba y venía por el pasillo nervioso, avergonzado, malhumorado: no se apure señora Bernardina, nos han subido, yo no quería, no quería dejarlos pasar pero me enseñaron la chapa, qué remedio.

El vecino de arriba, no menos confuso, hacía las mismas consideraciones; su mujer no le dejaba bajar pero le dijeron que el mandato judicial, si el mandato judicial lo ordenaba qué le vamos a hacer, no va a pasar nada si no hay armas.

—¿Armas?

Uno de los policías se acercó al inspector.

—¿Esto?

Lo miró. Era un sobre con el membrete de «*Generalitat de Catalunya. El President. Saint Martin des Beaux. Paris*».

—Y qué tendrá que ver éste con los catalanistas?

—Sí, métela también.

Día 5

ONCE DE LA NOCHE

Un muchacho joven, de unos veinticinco años, pequeño de estatura, con un bigote negro recortado, me preguntaba sin parar. Le acompañaban uno a su derecha y otro a su izquierda: su misión parecía consistir en mirarme fijamente a los ojos, focos impasibles, cegadores, obsesos.

—¿Del FRAP?

—¿Del FRAP?

—¿Le extraña que le pregunte?

—¿Cómo voy a ser yo del FRAP?

—¿Por?

—Abomino la violencia.

—¿De la Liga?

—Tampoco.

—¿A quién conoce de la Liga?

—A nadie.

—¿De la ORT?

—Tampoco.

—Pero conoce gente...

—No.

—Conoce.

—No conozco.

—¿No conoce a nadie de ORT?

—Conocí a uno que está ahora en Madrid.

—¿Cómo se llamaba?

—José Mari.

—¿José Mari qué?

—No sé. Todos le llamaban José Mari.

—¿Y dónde estaba?

—Lo conocí en uno de los retiros de Vanguardia Obrera.

—Ah, daba usted retiros.

—Claro.

—¿A los de ORT?

—No, a los de la Vanguardia Obrera.

—¿Cuándo?

—Hace ya mucho. En 1968.

—¿Y qué les decía?

—Hombre, hablábamos del Evangelio, de la Iglesia, de cómo evangelizar el movimiento obrero. Ya sabe usted...

—Vale. Y todos eran de la ORT.

—Y dale. Le he dicho que eran de Vanguardia Obrera, una rama de la Acción Católica Obrera, que...

—Está bien.

Yo intentaba hablar, hablar. Sabía que podía ser un seguro, una manera de pasar el tiempo y serenarme, una forma

de dar sensación de seguridad, de seriedad, de normalidad. Pero no había modo de dejarme oír. Se habían cansado, sin duda, de escucharme las primeras veces, cuando parecía que era yo el que les preguntaba. Habían cambiado de táctica.

—¿Del PCE?

—Más cerca, pero tampoco.

—¿De Comisiones?

—Comisiones no tiene nada que ver con el PCE.

—¿Cómo?

—No, aquí en Navarra, no. Veo que llevan aquí poco tiempo.

—Sabe usted mucho.

—Basta leer lo que publican.

—Por ejemplo...

—Hombre, pues las hojas que tiran. .

—¿Y en qué se diferencian?

—El PCE no quiere la violencia, no piensa por ahora en una revolución socialista, intenta la reconciliación entre todos los demócratas.

—¿Y usted se lo cree!

—Me lo crea o no, me parece mucho mejor que no que digan otra cosa. Y además, me lo creo, porque en la situación...

—De acuerdo.

Alguién llamó a la puerta. Moví la cabeza. Los cuatro ojos seguían mirándome fijamente. Volví a colocarla en la misma posición. Salió el muchacho del bigote negro. Alguien le había hecho sin duda señas desde la puerta. El calvo de patillas largas se puso en medio y continuó el interrogatorio.

—Así que del PCE?

—¿Quién ha dicho?

—¡Habla usted con tanto entusiasmo!

—Le he dicho que no soy del PCE.

—Usted es el hombre típico del PCE: tranquilo, hablando de reconciliación, de democracia, condenando la violencia, engañando a todos los bobos que se pongan delante.

—Yo no pretendo engañar a nadie. Yo no estoy en ningún partido.

—¿Pero apoya al PCE?

—No, me alegro de que haya cambiado tanto.

Y volvió el del bigote negro.

Día 5

DOCE DE LA NOCHE

Abrí el ventanuco cruzado por dos hierros. Hubiera querido sacar toda la cabeza, todo el cuerpo. Pero sólo podía sacar los dedos, la mano con un poco de esfuerzo. Veía el pasillo con aquella luz blanca, cegadora, implacable.

Alguien estaba en la celda contigua. De aquellos muchachos sentados, extendidos, dormidos en los bancos del vestíbulo, que había visto después del último interrogatorio, alguien debía de estar aquí cerca. Algunos eran amigos de Javier. ¿Estaría él?

Golpeé con los nudillos en la pared derecha. Levemente. No fuera a despertar a alguien molido de sueño.

Se abrió lentamente el ventanuco de la celda, que yo veía a medias por el ángulo de la pared.

Era una cara de chica, de cabellos revueltos.

—Eh.

—Eh.

A mí me parecieron sus ojos grandes, vivamente expresivos. Ella parecía pequeña, aunque tal vez se agachaba.

—¿Quién eres?

—Inma.

Le dije mi nombre. Y añadí

—Amigo de Javier.

—Ah, sí.

—¿Dónde está?

—Arriba. Nos han cogido a toda la cuadrilla.

—¿Dónde?

—En Abejeras, cerca del piso.

—Y...

En aquel momento se abrió la puerta del pasillo, una puerta pintada de un gris verduzco, color de tristeza, de anonimato, de estancia obligada y gratuita, de nada. Entró un policía que yo había visto arriba, en el vestíbulo. Andaba despacio, de rutina. A medida que se acercaba yo iba cerrando poco a poco el ventanuco. Oía luego los pasos, como en las películas de miedo. Golpeé con los nudillos de la mano derecha, esta vez sin miedo pero con prudencia. Inma me contestó inmediatamente. Volví a pegar. Volvió a contestarme. Sentí un grato alivio. Como una corriente eléctrica cariñosa y blanda. Como un mensaje cifrado que se sabe de buen augurio. *Roma, città aperta*, y los prisioneros hablando por medio de señas en la pared. *El cero y el infinito*, y los condenados a muerte entendiéndose perfectamente con el alfabeto morse de nudillos. Yo no sabía eso. Sólo sabía pegar en la pared y sentir el alivio de una presencia que tenía un nombre bello, en vísperas tal vez del cumpleaños.

Se alejaron los pasos. Entreabrí el ventanuco. El policía abrió la puerta y se alejó. Todo estaba en calma. Como lo manda el reglamento.

Inma abrió de nuevo el agujero.

—¿Por qué os detuvieron?

—No sé. Pensaban que éramos un grupo político.

—¿Qué os han hecho?

—Preguntar.

—¿Mucho?

—Llevamos dos horas.

—¿Y pegar?

—A mí no, pero a otros sí.

Sentí un furor extraño. Hubiera querido gritar allí mismo y protestar en voz alta y armar un revuelo y que bajaran todos los policías y que se despertara el gobernador y que viniera el comisario y que me pegaran si pudieran y que se enterara toda la ciudad que me pegaron y que yo les contesté y que no callé y que tuvieron que reducirme y bajarme a alguna otra celda más baja aún más oscura más indecente y que me tuvieran allí el tiempo que quisieran y que me diera un infarto y que me hicieran un funeral en mi pueblo y en mi barrio y que fuera Inma y los amigos de Javier con una corona por haber sido lo decentemente justo y valiente que se podía ser en esas ocasiones.

¿No lo hice cuando me enteré que le habían torturado a Ecequiel? Cogí un taxi y me vine directamente al comisario ya sé señor comisario que han torturado a ese chico vengo a protestar con toda mi alma a mí no me importa qué ha hecho sólo le digo que como responsable uno de los responsables de su parroquia tengo el deber de protestar por ser uno de los derechos humanos más evidentes votados y aprobados...

Le metí una lección de ética fundamental y de derecho internacional. Me escuchó entre sorprendido y alelado.

—¿Quiere usted que le demos pollo?

—Ni pollo ni niño muerto. Usted sabe perfectamente que hay mil maneras de defenderse en un país civilizado sin recurrir a métodos salvajes.

—Que emplean, por ejemplo, los franceses en Argelia.

—Eso, y usted que me ponga como modelo la bestialidad de los militares en Argelia. Además, ¿es ésta la situación de Argelia?

—Parecida.

Otro comisario me hubiera dado un puntapié o me hubiera metido entonces mismo en el calabozo. Pero era amigo íntimo de un tío mío y no podía hacerlo.

—Entre dar pollo y molerlo a palos hay un abismo.

Y me salí con la frente altísima y el corazón ennoblecido.

Habían pasado ya diez años.

—¿Qué te preguntaron?

—Bueno, mucho. Pero sobre todo si era del PCE y si había hecho unas hojas.

¿Te registraron el piso?

—No sé.

¿Te quitaron la llave?

—Sí.

—Pues, entonces, seguro. A nosotros nos registraron todo. Hasta las listas de teléfonos.

Me acordé de María Inés Armendáriz.

—Oye.

—¿Qué?

CUARENTA Y OCHO HORAS

—Cuando te pegue en la pared, contéstame.

—Sí.

—Me ayudas.

—¿Tienes miedo?

—A ratos, sí.

—Yo estoy muerta de sueño.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Día 6

UNA DE LA MAÑANA

El inspector, que luego llamábamos el madrileño, era de Madrid. Le pregunté a poco de comenzar a interrogarme

—¿Usted es de Madrid?

—Sí, ¿por qué?

—Por el tono. He vivido allí cinco años.

—¿Y qué tal?

—La gente de Madrid es gente estupenda, digan lo que digan.

—Bueno, hablaremos luego de todo eso, cuando nos ayude usted un poco más. Usted nos ayuda poco.

—¿Qué más puedo hacer?

—Lo siento, pero esto se está poniendo feo.

—¿Por?

—Mire todo esto que encontramos en su casa.

Había un montón de papeles. Y mi máquina de escribir. La habían llevado allá para comprobar la letra.

—Pero si usted nos ayuda, todo puede ser fácil. Ahora estamos usted y yo, solos. Ya sé que le ha molestado el interrogatorio que le han hecho.

—¿Cuál?

—No sé, cuando le interrogaron varios de mis compañeros.

No sabía a cuál se refería. ¿Era una broma, era un sentimiento real?

—No. Han sido siempre correctos y yo les he aburrido hablando.

—Bueno, pues guárdese la verborrea y vaya escuchando lo que le leo.

Era un papel escrito a máquina, probablemente de los que me habían cogido en casa.

«A la Asamblea Democrática de Navarra

Más de un centenar de curas, animadores de comunidades y parroquias de toda Navarra, nos hemos reunido en Pamplona para reflexionar, a la luz del Evangelio y de los derechos humanos en nuestro tiempo, los últimos acontecimientos políticos, laborales y religiosos de Navarra. Hemos estudiado, desde diversos puntos de vista, las numerosas detenciones, multas, registros, encarcelamientos, interrogatorios, etc..., de muchos compañeros nuestros y hemos decidido dar a conocer a la opinión pública nuestras conclusiones y propósitos, entre los que está el seguir denunciando, como hasta hoy y con más fuerza si cabe, cualquier opresión por las fuerzas represivas del régimen, y seguir anunciando la buena nueva de los derechos concretos cada día más exigidos de todos».

—¿Le suena?

—Un poco.

—Vamos adelante. Le leo sólo los trozos más *expresivos*.

—Bien.

«Al final de nuestra reunión hemos escuchado una información sobre la Mesa Democrática de Navarra y sobre la primera Asamblea democrática del pueblo navarro».

—Hábleme un poco de la Mesa Democrática.

—Sé poca cosa.

—Lo que sepa.

—Pues que, como en Cataluña...

—Ah, sí, que se escribe usted con el *presidente* Tarradellas...

—Bueno, no tanto. Fue sólo un saludo suyo. Me suelen mandar propaganda, desde una vez que estuve con un amigo suyo visitándole en Perpiñán.

—¿Y en Navarra?

—No hay casi nada.

—Casi.

—No. Algunos que quieren hacer algo parecido.

—¿Quiénes son?

—No lo sé.

—Pero si lo dicen en este documento...

—Sí, pero no los conozco.

—¿Cuántos eran?

—Dos, que no dieron sus nombres.

—Bueno, volvemos luego. A ver este parrafito:

«Sin el derecho de una total libertad religiosa, proclamada pero nunca cumplida, pasamos por ridículos servido-

res a sueldo del estado —de 5.000 a 7.000 pesetas mensuales— que no es más que una irrisión y el signo de una esclavitud de una Iglesia antidemocrática, diplomática, ante un Estado antipopular unidos por el mutuo yugo del concordato».

—Vaya parrafito, ¿eh?

—No es nada nuevo.

Se abrió la puerta. Se levantó el madrileño y cuchichearon unos segundos. Volvió y me dijo:

—Se lo dejo para que lo recuerde mejor y después lo comentamos.

Era el original que había copiado yo con mi máquina, con unas últimas líneas escritas en euskera que las había hecho Irazoqui.

Volví a leerlo de cabo a rabo, sorprendido de aquella facilidad dada para mi defensa.

«Como amigos y servidores de nuestro pueblo...».

Día 6

DOS DE LA MAÑANA

El interrogatorio esta vez fue largo y tenso. Toda una hora duró la exégesis del texto del grupo de curas.

Confesó que la redacción era suya, suya exclusivamente y que un compañero euskaldún, cuyo nombre no dijo, le había traducido las últimas frases

*Naparrak ongi elkartuak
ez ditu iñok garaituko
Gora Naparroko Erria.*

No era ningún lema separatista. Quería decir sencillamente

Navarra unida
jamás será vencida
Viva el Pueblo de Navarra

En todo el documento no había separatismo, ni se predicaba la violencia ni la subversión ni cosa por el estilo. Era un tema eclesial que sólo a la gente de Iglesia, es decir, a los cristianos, les tocaba decidir.

Cuando el interrogatorio se hacía más agresivo—esta vez eran cuatro los que le preguntaban—, pidió una Biblia y los documentos del Concilio Vaticano II.

—No los tenemos, fue la respuesta contundente.

—Pues yo me niego a contestar mientras no los traigan. Yo les citaré los párrafos del Concilio Vaticano en los que se anima a los católicos a defender los derechos humanos, que había defendido Juan XXIII, y donde se condenaban los regímenes políticos que niegan las libertades ciudadanas.

—En la comisaría no tenemos obligación de tener una biblioteca.

—Pero tampoco tienen derecho a constituirse en tribunal.

—Bueno, hable lo que quiera. Mañana tendrá que explicar delante del juez todo lo que aquí no lo haga.

—Mañana o pasado mañana, añadió, como si no dijera nada, el policía de la oreja cortada.

Se abrió la puerta. Salió el madrileño. Hubo un silencio intrigante.

Volvió con un papel en la mano.

—Vamos a cambiar de tema y pasar a otro mucho más interesante. Mírelo.

¡Qué error! Era el manifiesto del 1.º de Mayo, que él había redactado para el grupo sindical FOS. Qué error haberlo dejado en casa. Era el mismo, con tachaduras y todo, algunas hechas a mano.

—¿Cuántos ejemplares tirasteis?

—Ninguno.

—¡Vaya!

—Esto no era para tirarlo.

—No, ¿eh? Vamos a verlo.

Y comenzó a leer:

«Trabajadores navarros, los que vivís de la explotación continua de vuestro tiempo, de vuestro trabajo, de vuestras capacidades de todo tipo, siempre al servicio de una sociedad, que cada vez más refinadamente busca el beneficio por objetivo, la explotación por sistema, el fraude por diversión.

Este no es un Primero de Mayo cualquiera. Es tal vez el último Primero de Mayo, que la clase obrera celebra en los sótanos de la represión y en las sombras de la clandestinidad. La clase obrera de toda España, regada por la sangre de cientos de miles de mártires de toda su historia, da cada día pasos de gigante hacia el triunfo de sus más altos ideales, de sus más fraternales fines».

—¿Basta?

—No, no, léalo todo, que luego se lo explico.

—Sólo esta hermosura:

«Nosotros no queremos más sangre. No predicamos la violencia ciega y asesina como remedio contra una violencia aprendida y heredada. Pero queremos que no pase un día más sin que el movimiento obrero, unido y compacto como una piña de hermandad, impida un solo sacrificio de la clase obrera, una sola víctima, de cualquier tipo que sea, una sola derrota».

—¿Es suyo?

—Sí.

—Hombre, esta vez confesó pronto.

—Es mía la letra y el *escrito*. No el texto.

—¡Pero hombre! Mira a ver la carpeta de panfletos de mayo.

Un jovencito pálido, que no había abierto el pico, fue al estante y comenzó a mirar carpetas.

—Mira el principio: «Trabajadores navarros, los que vivís de explotación...».

Había multitud de panfletos. Del PCE, de la Liga, de la ORT, del PTE, del Partido Carlista... No coincidía con ninguno. Afortunadamente nadie se encargó de analizar detenidamente el panfleto unitario de todas las fuerzas políticas y sindicales, que copiaba trozos íntegros del que tenían entre manos.

Mientras tanto, se le ocurrió una salida. Había pensado decir que había copiado uno de los panfletos que había encontrado para una novela. Pero nadie se lo iba a creer. Pensó entonces que el texto escrito por él era una síntesis *científica* de todos los textos que había podido leer este año y que, como historiador, enviaba cada año al *Internationaal Instituut vóor Soziale Geschiedenis*, que reside en la calle Herrengracht, 2664-266, de Amsterdam. Subrayó bien, a la holandesa, erres y haches joteadas, para que la impresión fuera mayor. Un Instituto serio donde los haya, especializado en asuntos españoles, sobre todo del movimiento obrero, y que estudia últimamente, con enorme interés, el lenguaje popular y la literatura propagandística obrera de todos los países europeos.

Sólo quedaban dos policías en la mesa de interrogatorio, cuando el rubio, que ahora presidía, dijo medio bostezando.

—Lo dejamos para luego.

Día 6

TRES DE LA MAÑANA

Me puse a pensar qué iba a decir en el próximo interrogatorio. Dios mío, ¿cuándo iban a parar de preguntarme? ¿Harían otro nuevo registro? ¿Qué habría hecho mi madre?

La celda en que me metieron esta vez, la segunda del lado izquierdo, era mucho peor que la anterior. No había ventana alguna, ni cristal opaco. Era baja y más estrecha. Y sobre todo yo me sentía mucho peor que antes, acorralado, vacío ya de argumentos. Seguí hablando, hablando, hablando, pero todo al fin era inútil. Podían llamar a San Sebastián, registrar tal vez algún piso, decir que yo había dado el teléfono... Me sentí encuadrado de vergüenza.

¿Habrían detenido a mis amigos en el palacio tal vez? Tal vez alguno les dijo lo de las *Rimas*. Pero esto era lo de menos. ¿Y el manifiesto del 1 de mayo? No era difícil que lo encontraran. Quizás en otro registro minucioso encuentren más cosas. No volvería a guardar un papel en casa. Nunca. Jamás. De nadie ni para nada.

Tenía que preparar las respuestas más diligentemente. Esto podría llenar el vacío en el que temía caer a cada paso. Tenía que conservar la más firme serenidad. Pero me di cuenta de que estaba temblando. Y no podía dar sensación de miedo ni de inseguridad. Hice un esfuerzo más. Apreté los puños y respiré hondo, como nos había enseñado Paul Chanson en los años de la adolescencia, en su librito *Pour atteindre l'amour*. No sé si tenía relación alguna con lo que

yo pretendía, pero noté un inmediato relajamiento, una corriente de tranquilidad.

Se oyó la puerta. Abrir o cerrar, qué más daba. Era igual. Lo que yo quería era oír ruido. Tosí. Nadie me contestó. Tal vez no había nadie. No estaba Inma en el ventanuco de enfrente. Golpeé en la pared, esta vez con rabia. Nada. No había nadie y si había, dormía o no quería tal vez comprometerse. Estábamos en la casa muerta. Esperé los pasos del policía por el pasillo, que me daban un respiro, una pausa en aquel silencio tieso, envarado y rígido, en aquel umbral de tanatorio. No oí nada.

Acaso el policía aragonés, el de Huesca, tan simpático, volvería pronto. Esperé apegado al ventanuco abierto, con los ojos y la nariz sacados, como queriendo respirar aire, libertad, vida fresca.

Deseé que me llevaran de nuevo al potro de las palabras, al quirófano de las preguntas. Al menos, podía atravesar el pasillo, subir las escaleras, pasar el vestíbulo, ver alguna cara nueva, hablar, hablar y hablar. Era un sosiego.

Quise distraerme. Contar ovejas: una, dos, tres, cuatro cinco seis siete ochonuevediezonce docetrece catorce quince dieciseis diecisiete dieciocho diecinueve veinte...

Conté hasta 150. No pude más. Ni las ovejas ni los números me distraían. Se me convertían en manifiestos, en registros, en teléfonos: ochenta papeles incautados, noventa uno teléfonos intervenidos, cientocuarenta nueve amigos detenidos por tu culpa.

Estaba construyendo una línea, aunque fuera débil, de pensamiento para poder tenerme en pie, una especie de pasarela, por frágil que fuera, para no derrumbarme en no sé qué aguas sucias y profundas.

VICTOR MANUEL ARBELOA

*Desde el abismo clamo a Ti Señor
Señor, oye mi voz...*

Aquellos salmos, por los que yo pasaba de largo, porque los dejaba para cuando fuera viejo o estuviera enfermo o me viera en el abatimiento total, ahora se me venían a la memoria como abejas fieles

*Mira que soy pobre y solo
y cuentan mis días los que me quieren en la fosa.*

Me serené un poco. Pensé en aquel Jesús del Huerto de los Olivos de mi pueblo. Estaba allí, el primero de los pasos de Semana Santa, unos ojos grandes abiertos, disparados desesperadamente hacia el cielo.

Señor, no se haga mi voluntad.

Y aquel Cristo desnudo, con los sayones dándole y dándole.

Y el Jesús coronado de espinas, con el manto de terciopelo morado que nos gustaba tanto tocar.

Y Jesús con la cruz auestas, tan vivo, tan cercano.

Y luego aquel Cristo alto, serio, impresionante, delante del que tantas veces lloré cuando iba a confesar o volvía.

Ibamos los chicos, con ramas de espinos en la cabeza, cantando con los matracas por el pueblo

—«A la una, la mula
a las dos, tira la coza
a las tres, las cruces
a las cuatro, se rematan
a las cinco, el sermón
a las seis, la procesión

a las siete, los oficios
a las ocho, las tinieblas
a las nueve, coge la bota y bebe
a las diez, otra vez
a las once, llama el conde
a las doce le responde:
Alto divino, alto secreto
¿Dónde está mi Dios?
En el monumento
cerrado con llaves,
que parece muerto».

Y aquellas novenas, tan abarrotadas de gente, con el
Cristo en el altar mayor, mientras todos cantábamos con las
lágrimas en los ojos

*Amante Jesús mío
¡oh! cuánto os ofendí*

Quería engañar al tiempo. Al miedo. Me acurruqué en
el suelo. Me sentí peor. Me agarré a los hierros del venta-
nuco. Tenía un sudor frío, sentí un reblandecimiento gene-
ral. Ni los recuerdos más entrañables podían detener aquel
derrumbamiento. Aquella luz implacable, imperturbable, hacía
todavía más tenebrosa aquella guarida, aquella cueva del
miedo, aquella caberna de los suspiros.

Era como aquel día en que se paró el ascensor subiendo
de la estación del metro de Plaza de España. Se apagó la luz
y se paró el ascensor. Fue un rato de pequeña angustia co-
lectiva. Pero estábamos muchos.

Como cuando mi madre me metía en el cuarto oscuro
porque había hecho alguna diablura o no quería comer o ti-
raba la fruta por la ventana o había roto un plato contra el
suelo. No llegaba al pestillo de la puerta y rabiaba y pata-
leaba. No podía abrir tampoco la puerta que daba al pati-

zuelo húmedo y mohoso. Pero yo sabía que allí estaban los sarmientos, los cacharros de limpiar la casa y en el otro cuarto, las patatas, el pienso, los cabestros de las viejas caballerías que había habido en casa, los ganchos, los rastrillos.

Y cuando mi madre me metía, cuando era algo mayor, en la bodega, y me asustaban las cubas negras, grandes, y las ratas que podían salir, yo sabía, al fin y al cabo, que mi madre estaba allí y que me abriría y que me perdonaría.

Pero aquí estaba el vacío, la ley, la culpabilidad, la dictadura, los fusiles, las multas, los registros, la cárcel, y entre todos segregaban mi miedo, que me ofendía, me humillaba, me desquiciaba, me desvanecía.

No pude aguantar más. Toqué el timbre que estaba a mi izquierda. Bajó un número —como dicen ellos— y cuando le dije lo que me pasaba, me cerró de un golpe la hoja del ventanuco.

Seguramente le desperté de su primer sueño.

Volví a tocar el timbre.

Después de un rato bajó otro policía y le dije que llamara al comisario o al inspector tal o cual y que me pasaran a otra celda que estaba poniéndome mal que iba a marearme y que ellos serían responsables de lo que ocurriría.

—Calma. Voy a ver la celda grande, pero es mucho más fría.

—Me es igual, por favor, no me importa el frío.

Y entré en la celda grande y fría. Salió de ella un mozanco cojo, con cara de estar durmiendo. Le di la mano como a mi mejor amigo y le dije no sé qué ternezas.

—No pasa nada, macho. Yo ya estoy acostumbráu.

Luego supe que era un cliente habitual de la casa.

Día 6

CUATRO DE LA MAÑANA

- ¿Quién fue esta vez?
- Fue un viento recio.
- ¿De dónde vino?
- Siempre del Norte.
- ¿Soplaba fuerte?
- Soplaba al pueblo.
- Ah, ja, ya te cacé.
- El viento pasa.
- ¡Mira qué cosas!
- El viento corre.
- Habla más claro.
- El viento vuela.
- Me confesaste.
- Y el viento sopla.
- Ya no te entiendo.
- Siempre en la brecha.
- ¿Pero en qué brecha?
- La que abre el viento.
- Pero ¿qué viento?
- El de la historia, el de la vida, el de los hombres.
- Deja esos cuentos.
- Que son historia.
- Pero ¿qué historia?
- La de ese viento.
- Pero ¿qué dices?
- ¡Que siempre sopla, que siempre pasa, que siempre corre, que siempre mueve.

- Ya te cacé.
- Nadie podría cazar al viento.
- Y tú ¿qué hiciste?
- Creer de veras, con toda el alma.
- ¿Creer en quién?
- En Dios y el hombre.
- ¡En ciertos hombres!
- Dios creó al hombre, le dio su aliento.
- Ya me lo sé.
- Y se hizo hombre.
- ¿Y los que matan?
- Les enseñaron.
- ¡Y tú de acuerdo!
- Jamás. Mejor, morir mil veces.
- ¿Y lo que escribes?
- Es la utopía.
- Y eso ¿qué es?
- Es casi un sueño.
- Y nos insultas.
- Tan solo increpo.
- Entonces, eres...
- No se confunda. Yo soy del viento.
- ¡Un Papa Juan!
- No llego a tanto.
- Tú los incitas.
- Yo los desarmo. Que soy del viento.
- Dime qué viento.
- Ese que sopla
 Ese que pasa.
 Ese que sopla
 que mueve al pueblo.

Día 6

CINCO DE LA MAÑANA

Había una ventana y un cristal roto, por donde entraba un poco de luz y venían algunos ruidos. Respiré rítmicamente, como en los ejercicios del curso CCC, durante unos minutos. Había un escalón largo en la parte derecha. Me subí a él. Vi más cerca la luz y oí más cercanos los ruidos: coches, gente. Por el cristal roto se veía un trozo de edificio, una casa seguramente.

Recorrí lentamente la celda. Debía de haber servido para grupos de presos. No era una celda individual. Era en la que había estado Inma. ¿Dónde estará? Le habrían cambiado de celda. Todas nos pertenecían.

Había llevado mi manta conmigo. La puse sobre el camastro y me derrumbé en él.

Cuando comenzó el incendio yo estaba en el patio. El fuego se extendió rápidamente a las instalaciones de la panadería desde la leñera donde comenzó. Estaban haciendo la requisa en la galería tercera, donde se encontraban la mayoría de los presos acusados de facciosos.

Corrió pronto la noticia de que los presos fascistas, en un intento de fuga, querían incendiar la cárcel. Vinieron los bomberos y también guardias de asalto. Muchos milicianos rodearon el edificio. Yo corría de aquí para allá, decía «Salud», que era lo que me habían enseñado aquellos días a decir, pero no me creía aquello de los fascistas. ¿Cómo eran los fascistas? Algunos pensaban que yo era uno de ellos por que llevaba una medalla al cuello, y yo les decía que me había

dado mi madre antes de morir, y se callaban. Otros, supe luego, también la llevaban. ¿Y por qué no nos habían quitado las medallas al entrar en la cárcel?

El incendio quedó dominado pronto.

Los milicianos penetraron en la cárcel. Dijeron luego que el director señor Elorza les había dado permiso. Pero otros decían que no estaba.

Yo daba gracias a Dios porque no estaba en la celda cuando comenzó el incendio. Si no, me hubiera muerto de miedo pensando que podía haber muerto allí como una rata, como una cucaracha. ¿Pero por qué estaba yo en la cárcel?, me preguntaba. Y la gente tenía tanta prisa, que nadie me contestaba.

—Pregúntale a Azaña, me dijeron después dos funcionarios.

¿Azaña?, ¿Quién era Azaña?

Entraban los milicianos y lo ocuparon todo: pasillos, barandillas, pasadizos, cocinas, talleres, patios. Yo me volví a la celda, una celda grande, con una ventana y un cristal roto. Hacía frío pero así estaba más seguro. Si me preguntaban por qué estaba allí, qué diría? Yo era católico, pero no fascista y yo no había pegado fuego a nada. Yo estaba en el patio, con una pelota dándole a la pared. Y conmigo estaba Benito, un borrachín, que anda por allá como de casa y luego sale cuando empieza el buen tiempo y vuelve otra vez en noviembre.

—Todos a sus celdas, gritó un miliciano.

Había milicianos de la FAI y milicianos de la UGT. Mi vecino de celda, a quien yo no había visto nunca y que tenía cara de fraile me dijo que estaban también los de la «Moto-ridada». Yo no sabía qué era eso pero no pregunté. ¿Cómo

podían estar allí los guardas de la Diputación? Además la boina roja no era bien vista por allí.

Se oían gritos. Se oyeron luego tiros. Nadie hablaba. Después de mucho rato, por los altavoces fueron llamando a algunos. Yo no conocía a ninguno, pero había oído hablar a mi abuelo de ellos; también en un libro que tenía el maestro en la escuela había visto algunas fotografías suyas. Comenzaron a gritar:

—Melquíades Alvarez.

—Fernando Rey Mora.

—Fernando Primo de Rivera.

—Manuel Rico Avello.

—Rafael Salazar Alonso.

—Julio Ruiz de Alda.

Y así hasta cuarenta. Los conté uno por uno. Tenía el alma al cuello. Yo no me consideraba importante para que me sacaran a mí, pero me acordé de la medalla y de que me habán cogido las señas de María Inés Armendáriz, Mantrola, 17, San Sebastián. ¿Y si era fascista? Pero ¿cómo iba a ser, si me enviaba *La Lucha de clases*?

Y me quedé sentado encima del escalón de la celda. Y empecé un rosario que no podía terminar nunca. Y en cada Ave María decía:

—Por los que van a matar esta noche.

Día 6

SEIS DE LA MAÑANA

El descorrimiento del cerrojo le sobresaltó. Se levantó y arrojó la manta sobre el escalón. El policía de turno abrió la puerta.

—Buenos días.

—Y frescos.

—Sí, un poquito.

Sí. Estaba en una cárcel, no, cárcel no, comisaría. Sí, la celda blanca, cerrada, la ventana alta, con un cristal roto, por donde vigilaba el frío de la madrugada, aquel escalón, la barba crecida, la manta mugrosa, el camastro.

Pero era 1973, diciembre de 1973. Y estaba en Pamplona, no en Madrid.

Era como si se encontrara a sí mismo. Cada noche salíamos de un inmenso túnel, de una noche cerrada, de una expedición perdida y nos encontrábamos con nosotros mismos, nos mirábamos al espejo del ser, movíamos las manos, los pies, los ojos, y nos dábamos cuenta de que vivíamos, de que éramos los mismos, de que continuábamos siendo los mismos de la tarde anterior. Pero había madrugadas en la vida en que salía dos veces el sol de la conciencia. Y éste era uno de ellos.

Estaba atolondrado.

Y antes de comenzar la gimnasia y de ir al lavabo, allí arriba, recitó lentamente una oración querida, que le devolvía los

CUARENTA Y OCHO HORAS

mejores anhelos, los mejores recuerdos, los mejores tiempos:

—«Señor Jesús: Te ofrecemos todo nuestro día: nuestras luchas, nuestros trabajos, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos pensar como Tú, trabajar contigo, vivir en Ti.

Danos la fuerza de amarte con todo el corazón y de servirte con todas nuestras fuerzas con el alma puesta en el mundo obrero.

Que tu Reino sea un hecho en las fábricas, en los talleres, en las minas, en los campos, en nuestras casas.

Que los obreros que hoy se encuentren en peligro, permanezcan en tu gracia.

Y que los obreros muertos en el campo de honor del trabajo, descansen en paz».

Día 6

SIETE DE LA MAÑANA

El policía de turno descorrió el cerrojo, abrió la puerta de mi celda y con el «vamos» ritual me llevó por el pasillo, las escaleras, llegamos al vestíbulo, pasamos por el largo corredor de los pasaportes, bajamos unas escalerillas y llegamos a un cuarto pequeño, todo blanco, sin ventanas, con unos aparatos que al principio me parecieron terroríficos, y unos ficheros en forma de armario, unas sillas, una mesita, unos cuadernos...

¿Estábamos en la «sala de las torturas»?

Las mazmorras del S.I.M. (Servicio de investigación militar) eran cárceles disimuladas en el interior, a veces, de mansiones palaciegas, rodeadas de verjas y pobladas de jardines. El pueblo español las llamaba *checas* a toda clase de prisiones secretas. En los primeros tiempos del S.I.M. eran tenebrosas, instaladas en antiguas casas y en conventos. El régimen de torturas que en ellas se aplicaba era el procedimiento brutal: palizas, con vergajos de caucho, seguidas de duchas muy frías, simulacros de fusilamiento y otros tormentos horribles y sangrientos.

—Así que predicando la caridad, ¿eh?

Fue el primer saludo de aquel jovencito blancuzco, delgado, con cara de pocos amigos.

—No sé a qué se refiere. Buenos días, ante todo.

—Buenos días. Hombre, como cura, ¿predicará usted la caridad?

—Sí, la caridad y la justicia.

—Pero es lo mismo, ¿no?

—Entendiéndolo bien, sí. Porque la caridad, o el amor, para decirlo con palabra más al día, es, cómo le diría yo, como el impulso profundo, la raíz de la acción, y la justicia, pues, como la puesta en práctica de todo eso.

—Un poco complicado, ¿no?

—No tanto.

Iba y venía, salía, entraba, abría un fichero. Una luz blanca, como la del pasillo, sin ventanas, ¡a aquellas horas!

(Los consejeros rusos modernizaron esta vieja táctica. Las nuevas celdas eran más reducidas, pintadas de colores muy vivos y pavimentadas con aristas de ladrillos muy salientes. Los detenidos tenían que permanecer de pie continuamente, bajo una potente iluminación roja o verde. Otras celdas eran estrechos sepulcros de suelo desnivelado, en declive. Tenerse en pie implicaba una tensión completa de nervios y músculos. En otras reinaba una obscuridad absoluta y oíanse en ellas ruidos metálicos que hacían vibrar el cerebro).

—Puede sentarse, por favor.

Me senté en una especie de silla de barbería, o de odontólogo, o de fotógrafo. Sí, era una máquina de fotografías lo que tenía delante, o al menos eso parecía. Y si era alguna última invención diabólica de asustar al preso, de «hacerle cantar», ¡qué sé yo!

—¿Ya sabe usted el mal que están haciendo ustedes?

—¿Mal? Hombre, seguro que muchas cosas las hacemos mal, pero con toda buena voluntad.

—Mucho mal. Están envenenando a la gente. La gente no los traga.

—Son frases un poco generales, ¿no?

—Son frases reales.

—¿Pero envenenando o desenvenenando? Porque el Evangelio no es un veneno sino un contraveneno. Es una vida.

(La investigación tenía lugar en salones decorados casi artísticamente. Los esbirros preguntaban pausada o atropelladamente, con mansedumbre, con autoridad o con sarcasmo, alternativamente, durante la misma sesión, según el efecto que deseaban. Contrastes tan estudiados desplomaban moral y materialmente a la víctima. Los recalcitrantes eran encerrados en la *cámara frigorífica* en la *caja de los ruidos*, o atados a la *silla eléctrica*. La primera era una celda de dos metros de altura, en forma redondeada; al preso se le sumergía allí en agua helada, horas y horas, hasta que tuviese a bien declarar lo que se deseaba).

...No. Aquello no era una checa. Ni nada parecido.

—Pero una vida que Ustedes la emplean para matar.

—Nosotros, no, perdone. Me gustaría que usted me oyera hablar alguna vez. No le gustaría seguramente, pero no podría decir lo que está diciendo.

—Lo cierto es que la gente no quiere nada con ustedes.

—¿La gente? O usted, ¿por ejemplo?

—Yo soy practicante.

—Me alegro.

(La *caja de los ruidos* era una especie de armario, dentro del cual se oía una batahola aterradora de timbres y campanas. La *silla eléctrica* variaba de la empleada en las penitenciarías norteamericanas en que no se mataba físicamente. Del

poder de los «incontrolados» se pasaba así al terror controlado por hombres de controlada crueldad superlativa).

—Bueno, ya está.

—¡Cómo habrá salido!

Ahora me expliqué esas fotos horribles en que salen todos los detenidos con caras de criminales avanzados. En mi caso, dos días con barba, sin peinar, muerto de sueño...

—Hombre, no es para enviarlas a un concurso.

—Menos mal.

—Los hay peor.

—Seguro.

El jovencito blancuzco, delgado, con cara de pocos amigos, resultó ser de mi barrio, según me dijo, aunque yo nunca lo había visto. Me dijo que solía ir a misa algunas veces, aunque yo nunca lo ví. Me habló de las dificultades para pagar el piso, propiedad de un cura. ¡Qué casualidad! Y acabó quejándose del sueldo y de la vida «perra» que llevaba.

Y me devolvieron por el mismo camino, antes de que la gente llenara los pasillos en busca de los carnets y de los pasaportes.

Día 6

OCHO DE LA MAÑANA

Se acostaron tarde. Radio París no dijo ni pío. Después de la oración comunitaria, que duró hasta las 2, vieron que ya no iban por ellos y cada uno buscó un rincón dentro del caserón episcopal. Las monjitas que cuidan al obispo les llevaron mantas, las pobres. Algunos se habían agenciado un saco de dormir. Lo mejor fue, según todos los comentarios, la reacción del gran Jesús, agarrado al altar, muerto de miedo y diciendo, como si estuviera en capilla:

—El miedo es libre, y la fe no quita el miedo, pero aquí estamos dispuestos a todo, en la Iglesia de los pobres, de los oprimidos y de los perseguidos por la justicia.

A las ocho la gente andaba de aquí para allí. Alfredo trajo la prensa. El comentario de *El Pensamiento Navarro* lo leyeron colectivamente, como la meditación leída en los tiempos del seminario:

(«AYER A LAS NUEVE DE LA TARDE 20 CURAS NAVARROS SE ENCERRARON EN EL ARZOBISPADO»).

—Veinticinco, ¡sosos!

—Y a las ocho, no a las nueve.

—Déjalo, que es *El Pensamiento*.

(«Nuestro reportero no pudo obtener información alguna tras intentar hablar con el vicario general.

—No puedo decirle nada.

—Quisiéramos hablar con alguno de ellos. Tal vez quieran.

—No puedo, insistió.

—¿Son veinte?

—No los he contáo. Más o menos.»)

—¡Muy bien! ¡Que le pregunten a la policía!

(—¿Por qué se han reunido aquí?

—Están ahora en la capilla, en reflexión.

—Si no puedo hablar con ellos, ¿cabe hablar con el Señor Arzobispo?).

—¡Qué finolis! ¡Cabe, claro que sí!

(—Monseñor Larrauri está en Madrid en una reunión de Cáritas Diocesana, y Monseñor Méndez no está en casa).

—¡Bien por el Vicario!

(Nota de la Redacción.

Un encierro más. La noticia, pues, ha dejado de ser original).

—¡Pero si es el primero!

—Chisss.

(Un encierro para «reflexionar». ¿Por qué en el Arzobispado, si estas «reflexiones» comenzaron en el Seminario? ¿Es que está frío?).

—¡Bravo!

—¡Está heláu!

—¡Como tú, atontáo!

—¡Otro día en la redacción de *El Pensamiento*, con la calefacción que os paga el ministro de justicia!

(¿Acaso no es mayor el «sacrificio»?).

—¡El tuyo es mayor, que cobras por un periódico que no se vende!

(Si el Arzobispo estaba ausente y su obispo auxiliar se encontraba en Madrid, alguien estaría al frente del Arzobispado. ¿Se sumó también a la «reflexión»?).

—¡Cabrito! ¡Tú tenías que sumarte!

(Por supuesto, permitió que se diera la campanada. Pero hay que «liberar» de algún modo a los «oprimidos». Así vienen rezando ciertas homilías. Monseñor Larrauri decía en la predicación del domingo en Javier ante los misioneros: «Se-reis llevados a los tribunales por haber salido en defensa del pueblo, de los pobres. ¿Y vosotros os encerrareis en lugar de seguir sus consejos? Dejaos llevar... como ovejas al matadero, que no da señales de queja. Dejaos oprimir, puesto que a tantos oprimidos veis por todas partes. Esta es la más sincera solidaridad para con ellos»).

(Hace ya tiempo que Navarra se ha encerrado en su Fe y en su Religiosidad ante acciones y omisiones poco ejemplares de quienes tienen el deber de velar por esas preciadas virtudes. Hace tiempo que Navarra tiene oprimida el alma).

—¡Tú no la tienes mucho!

—¡No se nota!

—¡Vete al desierto!

(Y esto sí que debe ser noticia de reflexión).

—¡Muy bien!

—¡Bravo por *El Pensamiento Navarro*!

Día 6

NUEVE DE LA MAÑANA

El comisario le dijo al obispo que podía venir naturalmente excelencia usted puede venir cuando quiera aunque la mejor hora para mí a las once aunque si no estoy yo estará el subcomisario excelencia puede usted venir cuando quiera y le atenderemos con mucho gusto sí sí cuando quiera no no es sólo por cuestión de servicio sí sí no faltaba más sí está bien al menos no tengo noticia alguna de nada particular el personal no tiene tampoco queja alguna puede usted venir cuando quiera cuando quiera no no el señor gobernador no está en casa sí sí hasta luego.

Lo recibiría en su despacho. Era la segunda vez que venía. ¿Cuándo fue? Ah, sí, cuando estaba en el calabozo ese loco de Burlada. Bueno, pero iba a aprovechar para decirle cuatro cosas. Precisamente acababa de leer en *El Pensamiento Navarro* un comentario acertadísimo sobre los obispos y Euskalherria, claro que también se refería a Navarra, aunque no había por qué poner sólo ese nombre, ya lo creo.

Le iba a hablar un poco de todo esto: de las homilías, de lo del Seminario, de la política que hacen algunas parroquias, y un poco de todo, de todo.

«Reunión de obispos de Euskalherria»

¿Y por qué había de ir allá el obispo de Pamplona? ¿No iba antes a Zaragoza? ¿Pero si no han cambiado aún la provincia eclesiástica! Bueno, pero la verdad es que tan mal está

aquello como esto. Y todos son responsables, todos parecidos.

«La búsqueda de un orden jurídico, objetivo para la Iglesia de Euskalherria»

¿Cómo lograr en el año de la reconciliación, en el año santo, la reconciliación de los católicos, si estamos en el mayor escándalo de la historia de estas diócesis? Si el obispo de San Sebastián —¡pobre don Serapio!— ¡confesó hace poco que no tenía nada que hacer! Si los curas, casi todos los jóvenes, celebran la misa —¡cuando la celebran!— según su capricho, con pan casero y tintorro. ¡Y los obispos tan felices! ¿Para qué hablar de Iglesia jerárquica si cada uno hace lo que le da la gana, o como dijo el otro día un capuchino por ahí, cuando alguien le pidió cuenta de lo que había dicho, «lo que se le pone»?

Para qué hablar de oración, de paciencia, de prudencia, de mística y ascética, si cada uno va a lo suyo, si no leen el *Boletín* ni *El Pensamiento Navarro*, ni, seguramente, lo que dice el papa; si no pegan golpe, si están en la taberna, o con el coche, y entran a misa cuando faltan cinco minutos...

«Economía de la Iglesia en Euskalherria»

Esto ya da risa. ¿Economía? Que se las arreglen ellos. Que les paguen los partidos, los sindicatos, las Comisiones Obreras, o el Socorro Rojo. No piden en las iglesias de los suburbios —el día que pidan en la mía, no me arrimo más, no creo que don Venerando llegue a eso— cada domingo para las huelgas. Pues que pague Rita, hombre. ¡Basta de cachondeos! O sea que la Iglesia quiere que el clero mejore, se queja de que la subvención es ridícula por parte del Estado. ¡Pero si no

lo pueden ver! ¡Si la mayoría de esos curas vascos son separatistas rabiosos! Y éstos de aquí, los que no lo son, haciéndoles el juego. ¡Qué comedia! O sea, más dinero, pero agradeciéndole al Estado con un par de coces. ¡Ah, sí, pues un par de cojones y a otra cosa! Ah, ¿y las acciones de la Iglesia en el Bilbao, o en el Popular, o en el Exterior? Eso, la Iglesia de los pobres pero para lo que quieren y para cuando quieren. Y las becas, ¿qué se ha hecho de aquellas becas, miles de becas, que había en el Seminario? ¡Qué habrán hecho con ellas? ¡Para pagar multas! ¡Eso! ¡O para huelgas! Y chupando mientras tanto del bote del Estau. Y sin puñetera intención de dejar de cobrar, por lo menos hasta que pasen unos cuantos años, cuando comiencen a cobrar el retiro! Qué pájaros. Menos mal que si uno cree, no es por ellos precisamente, que si fuera, a mí no me verían el pelo más que en los funerales y porque no hay otro remedio. ¡Que ya está bien, hombre, que ya está bien!

Sonó el teléfono.

—Comisario jefe, dígame...

Día 6

DIEZ DE LA MAÑANA

¿Tenía razón don Miguel de Unamuno?

*(A un pueblo de arrieros
lechuzos y tahures y logreros
dicta lecciones de caballería.
Y el alma desalmada de su raza,
que bajo el golpe de su férrea maza
aún duerme, puede que despierte un día)*

Tenía razón. ¿Los españoles nos habíamos vuelto locos?

¿Qué diría hoy si viviera? ¿Qué diría hoy de esta tierra entrañable de la vieja Hesperia, de esta abuela atávica, como la llama ese otro atávico hespérico don Claudio Sánchez Albornoz?

—Una buena parte de la gente mayor y sobre todo casi toda la juventud media ha sufrido un hundimiento espiritual. No solo desprecian el Espíritu, odian el Espíritu. Quieren deporte, acción, lucha, dinero, aventuras, conquistas, sexo, medio mundo. Porque odian el Espíritu. Se nos dice que quieren basarse en realidades. Se nos dice que desprecian sueños románticos, el sentimentalismo, las ideas abstractas. ¿Y por qué? Porque odian el Espíritu.

—Pero ¿puede suceder otra cosa? El rostro de la verdad es terrorífico. ¿Cuál puede ser nuestro deber? Escondamos a los hombres de hoy la verdad. Es lo que hacía aquel sacer-

dote católico no creyente, a quien todos llamaban, por lo bueno que era, San Manuel Bueno y Mártir.

—El Antiguo Testamento dice: «Aquél que mira a Dios cara a cara, morirá». Ni siquiera Moisés pudo mirar a Dios directamente al rostro. Lo miró desde atrás y sólo vio el borde de su túnica. ¡Esa es la naturaleza de la verdad! Hay que engañar al pueblo. Hay que engañarle para que esas pobres criaturas puedan contar con la fuerza y la alegría necesarias para poder seguir viviendo.

Y en esas cavilaciones le avisaron que continuaba el interrogatorio.

—Vamos.

Día 6

ONCE DE LA MAÑANA

Era un inspector mayor. Con más ganas de hablar que yo. Estaba solo. Tenía sobre la mesa las *Rimas*. Pero antes comenzó a hablar de todo y de nada. Cuando íbamos a entrar en materia, alguien me llamó y me volví a donde estaba. Entraba y salía gente por los pasaportes, por los carnets... Yo miraba a ver si veía a alguien conocido, para decirle con los ojos, con la sonrisa, para tener unos ojos, una sonrisa que llevarme al alma. Nadie. Nadie. Cada uno iba a lo suyo, a su carnet, a su pasaporte. Claro. A mí me habrá pasado muchas veces lo mismo. La gente sale contenta cuando le dan el pasaporte para ir a trabajar a Suiza o de excursión a París. ¿Por qué no? ¿Quién se entera de que el que pasa por allí es un pobre hombre con miedo, que va a un interrogatorio? Si te ven de mala facha, con estas barbas, con este pelo, con esta ropa, dirán:

—Algún chorizo.

—Algún calavera.

¿Por qué no?

El inspector hablaba como el periódico que leía. Debe de leérselo todo y luego lo desembucha al primero que se le pone delante. Sin dejarle hablar.

—Pero vamos a ver en estas circunstancias difíciles todavía sin tocar fondo la crisis mundial cuando todos los países desarrollados de Europa están frenando la inmigración y estabilizando la productividad no podemos perder la serenidad y menos la responsabilidad y lanzarnos alegremente a la deriva que es lo que está ocurriendo en Navarra como en ningún otro sitio de España.

—Claro que no podemos perder la serenidad. Por eso...

—Pero mire usted dejando ideologías y reivindicaciones que hay que respetar cuando no se salgan de la ley claro usted cree que este es el momento para lanzarse a una acción social y política que eche por tierra lo que con tanto esfuerzo nos está costando conseguir usted cree que se puede tolerar dejando a parte ideologías como le digo verdad en un momento de paro y de crisis de industria y de regresión económica echar la casa por la ventana y salir a la calle a eso a la juega a la huelga al paro a hacer manifestos a insultar a la policía a poner todo patas arriba pero cómo es posible que ustedes

—¿Nosotros? Pero si...

—No hombre no que no puede ser que parece que estamos en una tierra de locos donde parece que nadie quiere ni el diálogo ni el entendimiento y no vamos a conseguir nada con posturas radicales ni teorías salidas de caletres con calentura que sí hombre que falta aquí experiencia y sentido común y sobran algunos que azuzan y no dejan que esto se asiente y se pueda avanzar hacia donde hay que avanzar sin salir de la legalidad, que no hace falta sin molestar a nadie sin dejar de trabajar sin broncas ni tiros ni echarse al monte como si estaríamos en el siglo pasau no lo ve usted claro

—Hombre, pero es que usted se pone...

—Que no hay que darle vueltas o nos arreglamos así o vamos a la ruina y nos ponemos en manos de unos ilusos peligrosos que sueñan en cambiarlo todo desde su fábrica o desde sus panfletos tirando por la borda capital fábricas y patronos y autoridad pues va a ver usted lo que es bueno lo que pasó hace cuarenta años va a ser un juego de chiquillos para lo que pueda pasar aquí.

—Pero, hombre, no se ponga trágico. Si lo que intentamos muchos es...

—Mientras unos intentan otros hacen pero no ve usted el absurdo más grande que las tres empresas más importantes de Navarra estén sin representación legal de los trabajadores una de ellas en conflicto sin posibilidad de negociación como dos mundos incomunicáus con toda la crisis nacional qué digo nacional mundial encima.

—Por eso hay que ponerse a discutir y a dialogar.

—Claro que hay que ponerse pero cómo se van a poner si no quieren si lo que quieren es bullanga cisco y jarana y hacer todo lo posible para que venga la revolución eso la revolución a la vuelta de la esquina están buenos y van daos lo que falta es el sentido común y las ganas de trabajar y mucho más orden y mucha mayor responsabilidad y ustedes no son los que mejor pueden hablar de todo esto porque ya le diría a usted

Pegaron en la puerta.

Día 6

DOCE DE LA MAÑANA

Estaba allí manso y humilde, misericordioso, lleno de caridad, como los santos de las novenas.

Tenía yo la barba crecida y no dejaba de mesármela, como si tuviera miedo de pinchar la mano delicada del obispo, cansada de bendecir siempre a las gentes, a las cosas, a los acontecimientos, y de abrir el breviario a la hora de maitines, de laudes, de tercia, sexta, nona, vísperas y completas.

Pero no había peligro, porque estaba allí, a una distancia respetable, todo gracias a la presencia hierática, pálida, campaniforme, casi reverencial del señor comisario, que presidía civilmente el ritual, quieto, mudo, tieso, tenso, quizás un poco obtuso.

—No es la visita que usted esperaba, me dijo el inspector alto, pero bueno...

Yo pensé que tal vez el señor gobernador tendría la mala ocurrencia de querer entrevistarme. Y dudé si abrir la boca o no. Nunca lo había visto de cerca, ni a él ni a ninguno, salvo a aquel legendario gobernador antiforal, luego pez gordo del régimen, cuando era guapillo y señorito, hace ya muchos años, en alguna procesión.

*Valero, Valero,
sal un poquito al balcón
Valero, Valero,
para escuchar mi canción*

La canción de las piedras y de la aversión popular.

No. No le diría una palabra. Le diría que me entendería con el juez o que él se entendiera con el obispo, que para eso estaba vigente el concordato. Pero no, que el privilegio del fuero, en el que yo no creía, tampoco era tan claro. Bueno, tal vez le diría cuatro cosas. Y le preguntaría yo al mismo tiempo por mis amigos del palacio. Y poco más. No se lo merecía.

El obispo estaba allí, dispuesto a abrazarme en nombre de Dios, si no hubiera sido por el comisario, que marcaba las distancias entre las autoridades y un preso político, entre dos gentiles personajes de la vida local y un mozanco con anorak, sin afeitar, sin peinar, tal vez sin despiojar.

El señor comisario, que no me había llamado —esto estaba claro— ni me había saludado tampoco, estaba allí, como un termómetro, marcando cinco grados a la sombra, lo suficiente para no quedarse helado, porque sol, lo que se dice sol, no suele haber en la comisaría. Hay que salir fuera.

Pero el obispo, al entrar yo, me dio la mano, se acercó para dármele, y me la dio apretada, calurosa, como un amigo de veras, no como suelen darla las madres superiores. Que los comisarios nunca la dan.

—¿Cómo estás?

—Hombre, bien, dentro de lo que cabe, ya sabe usted...

—Ji, ji, ji.

—Ji, ji, ji.

El señor comisario no hizo siquiera ji, ji, ji. Y el inspector alto, que se había quedado también allí, hacía lo que veía hacer al señor comisario.

—¿Qué tal mis amigos?

Acaban de salir. He venido un poco tarde por eso.

Intuí que era una pregunta indiscreta.

—Muchos recuerdos de tu madre.

—¿La ha visto?

—La he llamado por teléfono. Está tranquila.

—Ah, muchas gracias.

—Iré a verla esta tarde.

—Ah, qué bien, le agradeceré de veras.

¿Tenía madre el señor comisario? El obispo sí la tenía. Muchas veces nos hablaba de ella. Hubiera querido yo también decirle gracias.

Y en ese momento, cuando ya nadie tenía nada que decir, el señor comisario tuvo la gentileza interesada de preguntarme:

—Y ¿cómo le tratan?

Me sorprendió la pregunta.

—Bien. ¿Por qué no? Sí, muy bien. Demasiados interrogatorios, con todo.

—Bueno, esa es la ley.

—¿Tienes apetito?, me preguntó entonces el obispo como para llevar el diálogo o el semimonólogo al terreno familiar.

—Ni me acuerdo de eso.

—Ji, ji, ji.

—Ji, ji, ji.

Pero el señor comisario no hizo siquiera ji, ji, ji. Y el inspector alto, que se había quedado allí, hacía lo que veía hacer al señor comisario.

Y el señor comisario sonrió comisarialmente cuando le dio la mano al señor obispo que me acompañó hasta el vestíbulo. No quería, por lo visto, quedarse. Y el comisario acompañó a su vez al obispo.

El obispo sonrió pastoralmente, y a mí me dio una mano apretada, calurosa, como un amigo de veras, y no como suelen darla las madres superiores. Que los comisarios no suelen darla.

Y el inspector alto me recondujo, también esta vez con un cierto aire pastoral, a mi escondrijo.

Día 6

UNA DE LA TARDE

Lo que era cierto y lo que sigue siendo cierto —pensó—, relajado, como pocas veces, tal vez por la gracia episcopal de la visita de don José, es que sin fe, sin esperanza, sin horizontes cercanos y lejanos, sin alguna razón cordial que los entretenga no pueden seguir viviendo. No podemos, rectificaba.

¿Mito, ilusión, engaño? Vivir es la primera necesidad de todas. Nos nacen y nos viven y nos mueren. Suicidarse es duro, costoso, es antiestético y no está bien visto. Vivir por encima de todo es lo que importa. Lo demás ¿qué es? La política, el sexo, la devoción, la cárcel, la libertad, lo rojo o lo blanco. Vivir, aunque sea aquí, en estos pocos metros de inspiración y de aspiración, un poco de luz que entra por el cristal roto o por la mirilla de la puerta, un rancho sin tene-dor ni cuchillo, una alforja sin recuerdos, un pañuelico de afectos, ¡qué más da!

Se quedó pensativo, con la mente suspensa. No había mencionado a Dios, pero ¿no había pensado en Dios? ¿O es que Dios es la verdad? ¿Esa verdad desnuda, que ofende, ciega, no deja vivir? ¿Esa verdad que o la tomas o la dejas y la vuelves a dejar y la vuelves a tomar, aunque queme, aunque devore los redaños?

Se equivocaba Unamuno. Dios no es ese Dios del terror. Ni el Dios de la verdad desnuda, fría de puro fuego rusiente. La Verdad se hizo carne, y carne temblona y frágil, como un preso con miedo, carne donde clavaban las miradas de

odio de Herodes y de los que mataron al Bautista, carne donde se clavaron las espinas, y los clavos y la lanza. Esa no es la verdad desnuda, hiriente, terrorífica, el Dios de Moisés. Eso les va bien a los intelectuales soberbios y un poco soberanos que quieren creer algo que la gente no crea, para distanciarse de ella, para superarla, para atemorizarla tal vez. Su soberbia no les deja creer a pie juntillas, a corazón juntillas en lo más cercano, lo más íntimo, lo más casero: Dios como pan, como vino, como cuna, como dolor, como muerte, como paz, como gozo, como amistad, como hola qué tal, como buenos días María, como aquí estoy, como esto es mi cuerpo...

Aquella verdad era una verdad humanizada, o una humanidad tan humana que iba divinizándose cada día, con cada atardecer, con cada beso a los niños, con cada noche en blanco orando o curando enfermos. Era una verdad con unos ojos que lloraban y reían y miraban y bendecían.

*Iba diciendo por los caminos
Amigo soy. Soy amigo.
Y las gentes que lo vieron
contaban a sus vecinos:
Hay un hombre por la calle
que quiere ser nuestro amigo
que lleva la paz consigo.*

¿Lo que temía Unamuno era la fe o la falta total de fe? Dios, el Dios de Jesús de Nazaret no es esa Verdad absoluta, metafísica, tan llena que está vacía. Ese es el terror y el horror y el no ser. Hay un Dios que es su propia negación...

Aquella verdad tenía unas manos que cogían las cabezas de las espigas y las amapolas del campo y los higos del otoño y cogían los niños enfermos y secaban el sudor de las madres miserables y de los ancianos con color de tierra y amargura de calendarios.

No era una Verdad terrible.

Jesús de Nazaret era la cercanía de Dios. No era la Verdad o la Realidad. Nos dijo, nos mostró, más bien, que la Realidad de las realidades es graciosa, graciante, gratificante, gratuita y agradecida. Gracia. Gracia. Gracia...

Repitió muchas veces esta hermosa, interminable palabra. Y la repitió recorriendo toda la habitación, en voz alta. Sí. Todo era gracia. Los ruidos de los coches que lo aliviaban, la pequeña luz que entraba por el cristal roto. La comunicación con Inma —¿dónde estaría?— a través de la pared, la visita del obispo, las palabras correctas de los policías de turno, el frío, la manta mugrienta, la gimnasia por las mañanas, la barba crecida.

GRACIA

Pasó un largo rato.

Aquellas gentes que pasaban riendo, hablando alto ¿tenían miedo a la verdad? ¿Sentían el miedo del vacío? ¿Odiaban al Espíritu? El profesor Rodríguez Rosado, que iba a hablar en la facultad de farmacia, en el fin de fiesta, sobre «Estructura humana de angustia y esperanza», ¿iba a tocar este punto? ¿Pensaría que los jóvenes odian el Espíritu? ¿O que lo buscan en todas partes y no lo encuentran? Los espectadores del cine club LUX, que iban a ver esta noche «Comida sobre la hierba», de Renoir, ¿querían sólo arrojar el miedo a la verdad y buscaban esa escapatoria? ¿Y la comunidad cristiana de viudas que iba a tener su retiro con el P. Faustino de Olcoz estaban huyendo de la Verdad desnuda? ¿Y los que en Francia desfilaban *contre la vie chère, pour le pouvoir d'achat et l'emploi*?

Día 6

DOS DE LA TARDE

Todos los familiares de los detenidos en Euskalherria pasaron un rato angustioso viendo el Telenorte de las dos. La situación era grave. La represalia podía ser inmediata. Los controles aumentaban. Los detenidos podían pagar las consecuencias.

Un activista de la Eta había sido muerto en el barrio de Alza, de San Sebastián.

De madrugada, de dos a tres aproximadamente, inspectores de la policía se presentaron en el piso séptimo del número cinco del bloque 14, del polígono 12 del barrio llamando a la puerta y requiriendo la presencia del activista Jesús Arteche, alias «Yosu», nacido en Ceberio el 24 de septiembre de 1952. Lo hicieron con precaución temiendo lo peor. No se abrió la puerta. Por el contrario, al poco tiempo comenzaron a disparar ráfagas de metralleta por uno de los ventanales de la escalera.

A la vista de lo cual los inspectores de policía requirieron la presencia de efectivos de la policía armada, quienes rodearon el inmueble y desalojaron a los vecinos de todo el bloque.

Se les requirió de nuevo a los habitantes del piso a que se entregaran, pero ellos replicaron desde dentro con ráfagas de metralleta.

Sobre las diez de la mañana se hizo uso de bombas de gases lacrimógenos para reducir la resistencia del interior del

piso. A las once salió del piso un matrimonio que se hallaba con el activista. El matrimonio lo componían Pedro María Martínez Arraiza y Urbana Echeverría Sagastume, hermana de otro activista que hace días había fallecido en Las Arenas al explotarle un artefacto que llevaba.

Dentro del piso quedó sólo Jesús Arteché. Al principio disparaba con moderación, temiendo que no le bastara con las municiones que tenía. Pero mientras tanto, las fuerzas de la policía armada, al ver que no se rendía, lanzaron otra serie de bombas de gases lacrimógenos. Al parecer, «Yosu» abrió la ventana y podía resistir así los efectos de los gases.

Al menor intento de forzar la entrada, respondía el activista con ráfagas de ametralladora, hasta que sobre las doce del mediodía fuerzas de la policía armada decidieron entrar en el piso encontrando a «Yosu» tumbado en el suelo en medio de un gran charco de sangre. A primera vista se le apreció un solo orificio de bala con entrada en la sien derecha y salida por el lado izquierdo.

Fue conducido rápidamente en una ambulancia al hospital provincial, pero cuando ingresó era ya cadáver.

Se encontró en el piso una metralleta NB-1 1950-SHE 25105 (E42050), dos cargadores de metralleta, uno completo y el otro a medias, con balas Geco de nueve milímetros «Parabelum», y una pistola marca *Firebird*, del mismo calibre número 3035 con dos cargadores.

En el interior del piso la atmósfera era irrespirable, debido a la gran cantidad de residuos de gases. Un charco de sangre iba desde la cocina hasta la puerta de salida. Más de doscientos orificios de bala en paredes y puertas pudieron contarse dentro y fuera del piso.

Jesús Arteché Ayesta, alias «Yosu», huyó a Francia en agosto de 1972 a raíz del asesinato del policía municipal de

Galdácano y se le suponía implicado en actividades terroristas.

—Lo que nos faltaba, dijo la señora Bernardina, cuando, en compañía de Jesús, que había ido a verla, terminó de dar la noticia Telenorte.

—Bueno, hombre, esto no tiene na da que ver.

—Tú ya dices...

Día 6

TRES DE LA TARDE

—«La señal de la cruz estará en el cielo cuando nuestro Señor venga a juzgar. Entonces todos los siervos de la cruz, que se conformaron en la vida con Jesucristo crucificado, se llegarán a El con gran confianza».

—Pues si así es, ¿por qué temes tomar la cruz, por la cual se va al Reino? En la cruz está la salud y la vida. En la cruz está la defensa de los enemigos. En la cruz está la infusión de la suavidad soberana. En la cruz está la fortaleza del corazón. En la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz está la suma virtud. En la cruz está la perfección de la santidad. No está la salud del alma ni la esperanza de la vida eterna sino en la cruz.

—Toma, pues, la cruz y sigue a Jesucristo, e irás a la vida eterna. El vino primero, y llevó su cruz, y murió en la cruz por ti, porque tú también la lleves y desees morir en ella. Porque si murieras juntamente con El, vivirás con El. Y si fueres compañero de la pena, serlo has también de la gloria.

—Mira que todo está en la cruz, todo está en morir en ella. Y no hay otra vía para la vida y para la verdadera y entrañable paz sino la vía de la santa cruz y continua mortificación.

—Ve donde quisieres, que no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro en lo bajo. Dispón y ordena todas las cosas según tu parecer y querer, que no hallarás sino que has de padecer algo por fuerza o por grado, y así siempre hallarás la cruz. O sentirás dolor en el cuerpo, o tribulación

en el espíritu. A veces te dejará Dios, a veces te perseguirá el prójimo. Y lo peor es que muchas veces te descontentarás de ti mismo, y no serás aliviado con ningún remedio ni consuelo: mas conviene que sufras hasta cuando Dios quiere; porque quiere Dios que aprendas a sufrir la tribulación.

—Ninguno siente así de corazón la pasión de Cristo como aquél a quien acaece sufrir cosas semejantes. Así que la cruz siempre está aparejada y te espera en cualquier lugar. No puedes huir de ella, donde quiera que fueres: porque, por más que huyas, llevas a ti contigo y siempre hallarás a ti mismo. Vuélvete arriba, vuélvete abajo, de dentro y de fuera, que en todo hallarás cruz; y es muy necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior y merecer perpetua corona.

—Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, a donde será el fin del padecer, aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, cárgaste y háceste más pesado, y todavía conviene que lo sufras. Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y puede que más grave.

—¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo? ¿Quién de los santos fue en el mundo sin cruz? Nuestro Señor Jesucristo, por cierto, en cuanto vivió no estuvo una hora sin dolor de pasión. Porque convenía que Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y así entrara en su gloria. Pues ¿cómo buscas tú otro camino sin este camino real de la santa cruz?

—Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio y tú ¿buscas para ti holganza y gozo? Yerras, yerras, si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones; porque toda la vida mortal está señalada de cruces, y cuanto más altamente alguno aprovechar en el espíritu, tanto más graves cruces hallará muchas veces, porque la pena de su destierro crece más por el amor.

—Aparéjate, pues, como bueno y fiel siervo de Cristo a llevar con esfuerzo la cruz de tu Señor, crucificado por tu amor. Aparéjate a sufrir muchas adversidades y diversos daños en esta miserable vida, y así será contigo Jesús donde quiera que fueses, y de verdad que hallarás a Jesús donde quiera que te escondieres.

—Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salud de los hombres que sufrir adversidades, por cierto que Cristo lo hubiera enseñado por palabra y ejemplo; mas él manifiestamente amonesta a sus discípulos y a todos los que desean seguirle, que lleven la cruz, y dice: Si alguno quisiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame.

—Así que, escudriñadas bien todas las cosas, sea ésta tu postrera conclusión: «que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el Reino de Dios».

Día 6

CUATRO DE LA TARDE

....

Sí, claro, la cruz, la cruz... ¿Y por qué la cruz y no la gloria? ¿O es que hay cruz sin gloria? ¡Vieja teología desfasada! Y, ¿por qué murió Cristo? ¡Porque quiso! ¡Qué bien! ¡Por salvarnos! Y ya está. ¿Y eso qué quiere decir? Nadie lo dice. ¿Qué es la salvación?

....

Toma la cruz. Para que no la tomen otros. Toma la cruz. La que llevó Cristo sí, claro que sí. Y con El... hasta el fin del mundo. Pero ¿las otras cruces?

....

Cuando aquellos monstruos Joaquín del Moral o García Atadell, uno blanco y otro rojo, se dedicaban a dirigir patrullas con todos los indeseables salidos de las cárceles, de los presidios, de los peores sitios y se iban a la caza del raposo, digo del hombre, por las casas, por las cocinas, por los pasillos, por las alcobas, por los almacenes, por los garajes, por los campos... y los llevaban fuera, y se les arrodillaban, y se les enganchaban a los brazos y a las piernas y nada, pum, pum pum... al otro mundo... toma la cruz.

Y cuando, como cuenta el P. Venancio de Obanos, en la cárcel de Teruel llevaban a matar cada mañana a gente que moría gritando «¡Viva Franco»!, y es que eran franquistas que se habían evadido por miedo de los rojos y luego los

confundían y no les creían que eran de los suyos y allí, en un cuarto de hora, a las seis de la mañana, los condenaban a muerte... toma la cruz.

....

Y cuando torturan hoy en las cárceles y en las comisarías como acaba de publicar *Cristianos solidarios*, y yo mismo he visto el escrito, a puño y letra, que me lo dieron sus parientes que habían encontrado en la ropa de lavar, en una costura de la camisa, y dicen todas esas barbaridades que no quiero ni recordar porque me pongo malo... toma la cruz.

....

¡Qué fácil es hablar de cruces! Y si nos pusiéramos a destruirlas todas?

....

Rompe la cruz y sígueme. Es decir, dedícate a romper todas las cruces del mundo, y vamos, ven, empecemos a hacer el mundo nuevo. Eso, eso, eso.

....

Claro que habrá siempre cruz. La muerte..., pero la podremos alejar. Y hacerla más normal. Y más alegre. Y tal vez suprimirla. ¡Quién sabe!

....

Y la soledad... Pero la podremos combatir. Y vivir en un mundo más amigo, más divertido, sin tantos miedos, sin tantos celos, sin tantos egoísmos.

....

La cruz...

La cruz...

¿Pero qué cruz?

Día 6

CINCO DE LA TARDE

El pequeño de bigote interrogó a Javier en la sala contigua a la de los pasaportes.

—Tu amigo ha dicho que os veáis con frecuencia.

—¿Qué amigo?

—El cura.

—Ah.

—¿Sí o no?

—Bueno, a veces.

—¿Como cuántas veces?

—Una vez cada quince días.

—¿Y de qué hablabais?

—De historia.

—De historia y de política.

—De historia.

Le acompañaba el de la oreja cortada. Le miraban fijamente, casi sin pestañear. Le recordó el último examen, inútil, en la universidad.

—Y te dejaba libros.

—De historia.

—Y de política.

—De política pero que tenían que ver con la historia.

—¿Qué libros?

—Pues, no sé, de Tuñón de Lara, de Ricardo de la Cierva, de Gómez Casas, de Artola, de...

—¿Sólo de política?

—Bueno, y de poesía. Por ejemplo esos que me cogieron cuando me trajeron aquí. Eran de poesía. También me deja libros de poesía. Y yo le dejo a él, y así.

—¿Y revistas?

—Revistas, no.

—Y periódicos obreros. Tu amigo me ha dicho que a veces te dejaba *Mundo obrero*.

—Bueno, a veces.

—Y te daba para repartir.

—¿Y eso se lo ha dicho él?

—Claro. Porque quiere que no te pase nada. Quiere responsabilizarse él solo.

—¿Qué piensas tú de él?

—¿De mi amigo?

—Sí.

—Pues que es un tío estupendo. Soy amigo desde hace muchos años, desde que era él coadjutor en la parroquia y yo era seminarista.

—Ah, ¿eras seminarista? Pues no se conoce mucho.

—Bueno...

—¡O se conoce demasiado, claro!

—¿Cuántos números te daba?

—No sé. No recuerdo. Alguna vez uno, otras, dos.

—¿Alguna vez diez, veinte?

—¡Qué va! Uno, pero para comentar.

—¿Para comentar con quién?

—El y yo.

—¿Solía darte a veces más?

—Cuando traía alguna cosa sobre movimiento obrero, historia de algunos líderes de UGT, porque entre los dos estamos haciendo un libro sobre la UGT.

—Sí, ya lo dijiste antes.

—Pues eso.

—Y a veces te daba ejemplares para que vieran los compañeros, para que comentasen las noticias de la historia obrera..., ¿no?

—Alguna vez a lo mejor, no recuerdo.

—El nos ha dicho que te dejó a veces diez ejemplares para que leyeráis unos artículos sobre la reconciliación nacional, sobre cómo luchar contra la violencia...

—No, tantos no, no creo.

—¿Cinco o seis, entonces?

—Sí, creo que una vez me dejó ocho, porque venía lo de la Asamblea Democrática de Cataluña.

CUARENTA Y OCHO HORAS

—¿Y tú le pagabas?

—¿Pagar? No, nunca.

—¿Los pagaba él?

—No sé. No creo. Le mandaban por correo.

—¿Por correo?

—Creo.

Se abrió la puerta. Kirrís... alguien debió de pedir vez. Porque el de la oreja cortada se levantó y el de bigote dijo:

—Seguimos luego.

Día 6

SEIS DE LA TARDE

—Bueno, esperemos que esta vez nos ayude un poco más. A ver si seguimos como a última hora de ayer.

Dirigía el interrogatorio el madrileño, que parecía que se había especializado conmigo. A su derecha, el alto gordo, y a su izquierda el joven pálido.

—Volvemos a donde estábamos. Claro que por su culpa.

—¿Volver? ¿A lo del manifiesto?

Era lo que yo más temía. Miré si había alguna carpeta nueva. No. No había.

—Tu amigo ha dicho que os veáis muchas veces.

—De vez en cuando.

—¿Cada cuánto tiempo?

—Cada mes o cosa así.

—Bueno, no nos mienta, que nosotros no tenemos prisa. Si uno se va otro se queda.

—Ya lo veo.

—Ayer nos negó que era del PCE.

—Ayer y hoy.

—¡Y mañana!, dijo, increíblemente, el pálido.

—Mañana, nunca se sabe.

—Pero si no es del partido, colabora con él.

—Ni soy ni colaboro.

—Y repartir *Mundo Obrero*, ¿no es colaborar?

—No reparto *Mundo Obrero*.

Y me mostró los tres números que estaban en la cartera.

—Ya les dije ayer que los llevaba para quitármelos de encima y, en todo caso, comentar con los compañeros el artículo sobre las huelgas de Pamplona.

—O sea que llevar *Mundo obrero*...

—Y también *El Socialista* y *La Lucha de Clases*.

—Mayor motivo aún.

—No, porque si repartiera *Mundo obrero* y fuera comunista, no hubiera llevado los otros dos. Llevaba lo que había recibido estos días.

—Y ¿para qué llevaba?

—Ya he dicho que para comentar los últimos acontecimientos de Pamplona. Ibamos, como ya les dije y así lo hicimos saber a la prensa, a reflexionar sobre todo eso.

—¡Buena reflexión!

—Repartir es lo que hace el cartero, el lechero, el...

—Lo que hace usted, dijo, de nuevo, el pálido.

—Yo no reparto.

—Regala.

—Bueno, si se empeñan.

—¡Pero si lo dicen sus amigos!

¿Los habrían cogido en el palacio? ¿Estaría detenido alguno? ¿O los tendrían ahí mismo, en la habitación contigua?

—¿Qué amigos?

—¿Es usted amigo de Javier Auza?

—Sí.

—¿Qué opinión tiene de él?

—Estupenda. Lo conocí hace muchos años, cuando era seminarista y yo era coadjutor de Estella.

—Pues él no la tiene tan buena de usted.

—Lo siento. Digo, no lo creo. De todas maneras, yo tengo de él la que tiene un amigo de otro amigo.

—Amigo de propaganda y de repartir *Mundo obrero*.

—No. Estamos preparando un libro...

—Sobre la UGT.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sabemos todo. Y que usted le daba números de *Mundo obrero* para repartir.

—Para repartir, no.

—¡Para comentar!

—Para comentar, para estudiar.

—Y para repartir. No se ponga pelma. ¿Cuántos?

—Ninguno. Para repartir, no.

—Para repartir no, para regalar, como a los curas.

—No, es distinto.

—¿Cuántos ejemplares?

—Nos venían bien para nuestra historia, para guardar algunos artículos biográficos, para estudiar la escisión comunista del año 21...

Hablé, hablé, hablé... Era mi eterno refugio, mi camino de fuga, mi descansillo, mi pasadizo secreto.

Se abrió la puerta. El madrileño hizo unas señas y salió.

—Quédate, que ya vuelvo.

Y el pálido continuó el interrogatorio.

Día 6

SIETE DE LA TARDE

Cuando estaba recordando, paso a paso, el interrogatorio—cada vez era más inútil analizar friamente aciertos y desaciertos— oyó pasar un grupo de muchachos hablando alto cerca de la ventana. Era raro que pasaran cerca de la ventana, porque solía haber o el coche patrulla o alguien montando guardia, según creía recordar. Hablaban alto. Y oyó decir algo de «novena».

—¡Ah, sí, la novena, la de la catedral!

Era probable que aquellos muchachos fueran a la novena de la catedral.

El año pasado, el día que fue él, la catedral estaba llena. No lo hubiera imaginado.

Se repetiría probablemente la escena. La catedral llena, a pesar de huelgas, crisis económicas, jaleos, ciscos y follo-nes, y un predicador diciendo cosas como éstas:

—«En María adquieren realidad todos los ideales. Es la llena de gracia, la suma de las perfecciones, es... ¡Madre de Dios!

—Concebida sin mancha de pecado original, María es impulso que mueve a la santidad, consuelo de quienes, como nosotros, están llenos de flaquezas, miserias, poquedad. Inmaculada, María muestra ya esa bienaventuranza a la que estamos llamados todos, y que un día, el día final, será real en la vida de quienes han abierto su corazón al don amoroso de Dios: la gracia sobrenatural.

—La devoción cristiana a María, queridos amigos y hermanos, manifestada en mil formas diversas, porque mil formas tiene el cariño filial, no es sentimentalismo que ahogue impulsos y aquiete exigencias. Quien así pensara, mostraría desconocimiento de lo que María significa para el cristiano. Dice el Padre Sardá: «Es tu Madre y tú eres su hijo... Trátala en consecuencia; cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quíerela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces. Te aseguro que, si emprendes este camino, encontrarás enseguida todo el amor de Cristo... sacarás fuerza para cumplir cabalmente la voluntad de Dios, te llenarás de deseos de servir a todos los hombres. Serás el cristiano que a veces sueñas ser: lleno de obras de caridad y de justicia, alegre y fuerte. Ese y no otro nos acompañará con su ayuda firme y constante».

—El temple cristiano. Porque el cristiano, queridos hermanos, se sabe llamado a una santidad no sólo heroica sino eximia, encuentra en María fortaleza y ayuda. Porque el cristiano se sabe llamado a la empresa grande de transformar el mundo desde dentro, encuentra en María luz y guía, impulso recio. «Si en la arena del desierto debe crecer un rosal, si hay que lograr trigo blanco en un mar de fango o en un pedregal, yo bregaré con mis manos para poderlo conseguir».

—¡Inmaculada! María ha sido concebida sin mancha de pecado original. ¡Llena de gracia desde el mismo instante de su concepción, María se «pierde» en las aguas divinas!

—Y en su eterna corriente, numerosa, fluye, canta.
María, onda entre vivas ondas, luz entre luces altas...
Cielo mismo en el cielo que las aguas arrastran...»

Y luego otra cita del P. Sardá. Y otra. Y otra.

Habría en la catedral mucha gente sencilla a quien estas cosas le harían bien. ¡Pero qué cómoda le sonaba a él esta prosa, que tan bien conocía, allí, en la celda de un calabozo del gobierno civil de Pamplona el 6 de diciembre de 1973!

Día 6

OCHO DE LA TARDE

Me sacaron a cenar al pasillo, porque en la celda no se veía ni para manejar la cuchara.

Javier estaba en la celda de enfrente, contigua a la primera en que estuve yo, con la puerta abierta, cenando también.

El policía de turno era de Huesca. Fumaba y se sonreía. Podíamos hablar con él pero no entre nosotros. Javier no hablaba nada. ¿Le asustaron? ¿O le habrían cogido algo? Desde que le vi esta mañana en el banco de arriba, esperando el interrogatorio, no le había visto. Ni sabía que estaba allí abajo.

Yo no había estado nunca en Huesca, pero al policía le hablaba de Zaragoza, del Ebro, de los Pirineos, del obispo de allí que es navarro, de lo que podía.

Y cuando se volvía hacia el extremo del pasillo, de espalda, le hacía señas a Javier y él a mí. Con la boca y con los dedos. El me quería decir algo, algo que parecía urgente. Y yo no le entendía.

Por fin, le entendí.

—Periódicos...

....

—¿Pero se está haciendo demasiado grande no?

—Hombre, mayor es Barcelona.

—¿La conoce?

—¿Que si la conozco? Estuve tres años de servicio.

....

—¿Cuál?

—*Mundo obrero.*

....

—¿Y Pamplona le gusta?

—Hombre, no está mal.

—Más jaleo que en Huesca, ¿no?

—Ya lo creo.

—Y eso que los baturros son también muy brutos.

—Bueno, brutos, sí, pero pacíficos.

....

—¿Cuántos?

Le hice señas otra vez con los dedos.

—Ocho.

¡Válgame, Dios! —dije para mis adentros. ¡Me has reventáo!

Y la cena se me atragantó. Y me preparé al nuevo ejercicio dialéctico de arreglar lo que no tenía arreglo y de componer lo incomponible. Aunque en el diccionario las combinaciones de palabras son tantas, que alguna podría, moderadamente, acercarse a la salida.

Día 6

NUEVE DE LA TARDE

—«¡Qué mayor fortuna que la del condenado a muerte —decía el P. Martín Torrent García, capellán de prisiones de Barcelona—, que es el único que sabe cuándo ha de morir y goza así de la dicha de poder poner su alma en condiciones de comparecer ante Dios!».

—Qué bruto, pensó.

Pero él sabía ahora que Javier les había dicho que le daba o que le dio ocho números de *Mundo obrero*. Y él había dicho, si no recordaba mal —¿o lo había dicho?— que dar, ni hablar, nada de repartir, sólo comentar, para estudiar, para hacer la historia de la UGT.

*Se le vio caminando entre fusiles
por una calle larga,
salir al campo frío
aún con estrellas de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos,
rezaron: «¡Ni Dios te salva!».*

No podía concentrarse.

En la comunidad de Alberto había lleno total. Les contó cómo fue la cosa, la impresión que tuvieron al entrar, la

oración en común de la noche. Por Radio París habían oído que a las nueve y cuarto de la noche los 15 curas que estaban encerrados en el obispado de San Sebastián habían salido por propia iniciativa, con toda normalidad, y que a mediodía había salido también el último de los 13 que fueron conducidos a la jefatura de policía de Bilbao el día 4, tras desalojarlos de las oficinas espiscopales donde se metieron veinte horas antes; se les había tomado declaración y cada uno se fue a su casa. Ellos temieron que hicieran lo mismo con ellos aquella misma noche, pero como era tarde, no debieron de atreverse. De todos modos, pasaron su miedo.

Alberto les leyó la nota de entrada, que algunos conocían:

«Un grupo de veinticinco sacerdotes navarros hemos decidido en gesto público y colectivo, encerrarnos en el Obispado de Pamplona, casa común de toda la Iglesia de Navarra, durante el tiempo que nos parezca más conveniente, con la intención de reflexionar a la luz del Evangelio y de los documentos de la Iglesia sobre los últimos acontecimientos políticos y sociales que ponen en grave peligro nuestra convivencia ciudadana y enfrentan a la Iglesia de nuestro país con una grave responsabilidad. Con nuestro gesto no queremos otra cosa que:

- 1) Reforzar a los obispos que han pedido la amnistía para todos los presos y exiliados políticos.
- 2) Reforzar la petición de las libertades democráticas tantas veces reclamadas por la Iglesia.
- 3) Solidarizarnos con los sacerdotes detenidos en la cárcel de Zamora ante el hecho de que llevan once días en su segunda huelga de hambre.»

La nota no había salido, como de costumbre, completa en ningún medio de comunicación.

Y a continuación les leyó la nota que prepararon para enviar a la radio y a la prensa del día 7:

«Ayer a las doce menos cuarto de la mañana salieron del palacio episcopal de Pamplona los 25 sacerdotes que se habían reunido en el mismo a las ocho de la tarde anterior. El señor Arzobispo les había comunicado dos horas antes que había telefonado al señor Gobernador diciendo que si para las doce no desalojaban el edificio, se presentaría la policía con una orden judicial. El señor arzobispo, ante la urgencia de la situación, les sugirió que en otro momento se reuniría con ellos para recibir el comunicado de la reflexión y aceptar su petición de rezar con ellos.

Los 25 sacerdotes salieron del Arzobispado manifestando al señor Arzobispo su sentimiento por no poder celebrar con él la Eucarística, que era el final previsto para la reunión, y agradeciéndole las atenciones que en todo momento les había dispensado».

Y comenzó el turno de los comentarios ante este hecho. Alberto dejó que Marichu presidiera la reunión y se sentó entre la gente.

Día 6

DIEZ DE LA MAÑANA

Contra lo que me esperaba, volvía a los primeros tiempos de los interrogatorios.

Fueron entrando uno detrás de otro. Primero, un rato de charla insustancial con el del bigote rojizo que me había hecho los honores de la casa. Luego entró el alto que me detuvo, al que yo no había visto en todo el tiempo. Luego el pálido, que no solía faltar. Y un rato se quedó mirándome, mirándome el del bigote negro, serio como la pared de la habitación.

Primero fue la *Rima* obre los curas, que la tomaron de cachondeo. Y la de *El Pensamiento Navarro*, a la que no dieron importancia. Con lo de Allende lo pasé peor

*Preparad bien los aceros
de la lucha cotidiana.
Hoy es hoy para mañana
Que hay que continuar enteros
¡compañeros, compañeros!*

Tuve que hablar de Hispanoamérica, de la lengua común, de cómo Franco no había roto las relaciones con Cuba, de cómo para mí Hispanoamérica es la prolongación de España, y que Allende como Perón o como Lázaro Cárdenas...

(—¿Quién es ése?

—Un famoso presidente de Méjico de los años 30).

son nuestros, son de casa, son de la familia:

*Sigue abierta la campaña
que aquí y ahora se extiende.
La lucha obrera de España
defiende la misma entraña:
defiende a Chile y a Allende.*

Lo duro fue cuando el pálido sacó de entre los papeles, cogidos sin duda de mi casa, la rima *No nos moverán*.

La había escrito en junio, cuando la huelga general. La cantamos en el centro parroquial de Cañada, con guitarras, con entusiasmo:

*La fábrica que es nuestra
no nos llevarán.
El pan de nuestros hijos
no nos quitarán.
Unidos todos en un mismo frente
no nos llevarán.*

No era difícil defender esa letrilla, tocando la fibra de los mismos policías, a los que yo trataba siempre con un gran cariño, como hijos del pueblo, como servidores del Estado, de la comunidad, en los puestos más difíciles, tan lejos de conseguir ni en su salario ni en sus status de vida el rango que les correspondía.

—Eso lo dice aquí.

—No, lo digo en todas partes, aunque muchos no me entienden.

Yo no había dicho aún que eran más, aunque cada vez se me estrechaba más el cerco. Comencé diciendo que eran

colectivas, que las hacíamos muchos. Grave error. Pero ¿cómo iba a justificar el llevar 50 ejemplares de las últimas *Rimas* en la cartera de mano? No pude sostener la afirmación de que me las habían dejado en la puerta del piso ni media hora. Pero ahora lo difícil era «interpretar» esta letrilla.

*Los perros del dinero
no nos morderán.
Los tigres que los guardan
no nos matarán.
Unidos todos en un mismo frente
no nos matarán.*

—Bueno, hombre, bueno —comenzó diciendo el del bigote rojizo—, así que usted busca la paz, la reconciliación, la no violencia. Está clarísimo.

—Por mi parte, dijo el pálido, gracias por llamarnos «tigres»; hasta ahora nos llamaban «perros», ya vamos ascendiendo.

—¿Qué dices a esto?, me preguntó violento el alto que me detuvo, que estaba ahora de pie junto a mí, y a renglón seguido hizo ademán de darme un sopapo.

—Calma, dijo en voz baja el pálido.

Y comencé a defenderme como pude. Hablé de la exageración del lenguaje literario. Los que cerraron la fábrica, los que se estaban llevando los utensilios del interior, los que habían dado notas falsas a la prensa, los de las multinacionales, los dueños de Rueda Hespérica, los... ellos y sólo ellos eran los «perros» y los «tigres», es un decir, los que nos muerden y los que nos matan, a ellos, a los policías y a nosotros, los perros y los tigres, los que nos muerden y nos matan, los que nos matan y nos muerden, los perros y los tigres
perros

tigres

perros tigres

del perro al tigre, del tigre al perro, del perro al tigre, del
tigre al perro, del perro al tigre, del tigre al perro

perro

tigre

tigre

perro

tigre

perro

perro

tigre

pegre

tirro

tirro

pegre

pegre

tirre

tirre

pegro

grobe

rreti

perro

tigre

los perros que nos muerden, los tigres que nos matan.

Día 6

ONCE DE LA NOCHE

Tiene la sensación de haberse defendido muy mal. Como gato, como perro, como tigre panza arriba.

Tiene la sensación de ser una mosca cazada en la red de la araña. Cuatro policías con una red, que va de acá para allá, de allá para acá.

De chicos, en los días agobiantes de verano solían entretenerse en ver la caza de las moscas por las arañas. En su calle, la de Santa Bárbara, en las viejas casas de la Sandalia, de la María Beriain, en la de la Carmen, en la del Sr. Marcelo, en la de la Viuda, abundaban los agujeros entre las piedras de la pared. En la parte alta anidaban los cerrines y los gorrones. Abajo las arañas campaban por sus redes y por sus artes de cazar moscas. No había agujero que no tuviera el orificio, alargado y cada vez más comprimido, como un embudo, hecho de una red sedosa, entre blanquecina y gris, que había ido tejiendo, teje que teje, la araña.

Había muchas moscas en la calle de Santa Bárbara. Venían de las cuadras, de las pocilgas, de los graneros, de los fiemorales vecinos, de los lagos y bodegas, de las cocinas, de las fregaderas, de los regachos que hacían las aguas cenagosas en la calle. Los días del verano, las moscas eran inaguantables. Estaban bien comidas y satisfechas y zis, zas, zis, zas, picaban a todos. Picaban como alfileres y se iban zumbando, felices. A veces se escapaba alguna mosca grande, de macho, que picaba con una aguja gorda. Las mujeres que cosían o remendaban en la calle se defendían como podían, con un

pañuelo, con una mandarra sobre las piernas, con la mano, con la aguja, con una pierna sobre otra. No paraban: zis, zas, zis, zas... A veces se refugiaban en las entradas de las casas para liberarse de ellas. Pero al poco tiempo, zis, zas, zis, zas.

Las arañas trabajaban esas tardes a pleno rendimiento. Los chicos se pasaban horas viendo el apasionante juego, el deporte de la vida y de la muerte, el eterno drama, reducido a un agujero entre dos piedras de la calle de Santa Bárbara.

Venía la mosca cansada de engullir, de olfatear y de chupar hojas, trapos, aguas, fiemos, cerdos, mulas, piernas de mujer, caras de niños... y se quedaba a descansar un poco en aquel descansillo sedoso, en aquel campillo de aterrizaje, en aquella ribera mosquil, en aquella playa suave. Y se enredaba. Y comenzaba a patear y se enredaba más, mucho más. Y la araña la veía desde dentro y zas, se abalanzaba sobre la presa y la rodeaba con todas sus patas, sus ganchos, sus pinchos, y la arrastraba ciegamente, vorazmente, irresistiblemente hacia dentro.

Se oía un aletear desesperado, un chirriar de frágiles membranas, de suplicantes ventosas. Nada.

Y así una, dos veinte, cien veces.

Horas y horas.
Tardes y tardes.

Día 6

DOCE DE LA NOCHE

Después de mucho rato –media hora en los tiempos en que tenía reloj?– se me aflojaron las defensas, ya tan débiles.

No podía más.

Me interrogaba el inspector mayor, que resultó luego ser el subcomisario, el hombre más antiguo de la casa. Con suma amabilidad. Como quien está en la misma sobremesa, o participa en el mismo simposium, o te acepta un café.

–Esto es suyo, hombre.

–Que no, que es de muchos.

–Que lo ha hecho usted. ¡Pero si son iguales que aquellos villancicos que repartieron este año por las parroquias de los barrios!

–¿Los conoce usted?

–Pues claro. Y allí decían que eran de usted.

–...

–¿Y estos también, no?

–Sí.

–Bueno, hombre.

–¿Y dónde los tiraron?

–...

—¿En el Verbo Divino?

—No.

—¿En el Seminario?

—No.

—¿En las Reparadoras?

—No, no.

—¿En dónde?

—En la parroquia de San Crispín. Mejor dicho, en las Canosianas, unas monjas italianas. Pero ellas no saben nada. Lo hice yo con la ayuda de Ricardo.

—¿Ricardo qué?

—Ricardo X.

—Bueno, ¿y para esto tanto...? Pero si no le va a pasar nada... Hala, vale ya.

Día 7

UNA DE LA MAÑANA

—¡Y para eso, tanto resistir, disimular, vanagloriarse de héroe!

—Para acabar denunciando a un amigo.

—¡Qué débiles sois todos los que presumís de fuertes!

—¡Qué recientísima falsedad ese que llamais progresismo!

Podías haber callado desde el principio.

—Y dar testimonio de fidelidad y de desprecio al monstruo.

—¿No lo hizo Cristo así ante Herodes?

—No se puso a hablar a tontas y locas.

—A exhibir ante él oratorias y conocimientos vanos.

—¿O es que los que te preguntan no son descendientes de aquél o, al menos, descendientes de sus servidores?

—Pero tuviste la ingenua vanidad de pensar que con tu capacidad de expresión y de imaginación los turbarías cuando quisieras.

—Te engañaste.

—Tu vanidad te engaña siempre.

—Has sido siempre el «niño bonito» y todo te ha salido demasiado bien, incluso cuando te salía mal, porque siempre te favorecía y te aupaba.

—Quieres mucho porque te dejas querer mucho más.

—Aunque buscar la verdad, la belleza y el bien —eres un platónico empedernido—, buscas sobre todo tu verdad, tu belleza y tu bien.

—No te mientes, pero desequilibras la objetividad con tu poderosa subjetividad.

—Te han podido.

—La vanidad es siempre débil porque es siempre auto-complaciente, no crítica.

—Se satisface, no indaga.

—Se aquieta, no inquieta.

—Te han podido.

—Te han vencido.

—Son más que tú.

—Hablan peor que tú, saben menos que tú, pero tienen más experiencia que tú, licenciado en nubes.

—Tienen la experiencia propia de hombres pobres y hambrientos de un sitio fijo y digno en la sociedad.

—Llevan la herida abierta de su proletariado irredento, sin la gloria del proletariado común.

—¿No has visto cómo odian a los intelectuales?

—Tú pensabas que os admiraban, que os temían.

—No, os odian.

—No por ser cura, no, por ser intelectual.

—Además, tienen la experiencia de la gente más lista del mundo: los ladrones, los asesinos, los traficantes, las prosti-

tutas, los vagabundos, los muertos de hambre, los muertos de celos, los solos, los proxenetas, los cómplices...

—Ese mundo que no conoces, pobre romántico.

—Y ellos lo saben todo.

—Lo han probado todo.

—No había juego. Jugaban a diez contra una.

—Conocen el cuerpo de la mentira tan bien como el de una mujer cotidiana.

—Sí, sí, puede ser que te admiren, pero no lo dirán jamás.

—No se lo dirán ni a sí mismos.

—Dicen «cabrón» y están diciendo «tío».

—Dicen «tío» y están diciendo «macho».

—Dicen «macho» y están diciendo «hombre».

—A algunos de ellos les has removido, es cierto, el fondo de hombre que les queda.

—Porque ellos sufren y no pueden tolerar la alegría.

—Están solos y aguantan mal la popularidad que ellos incluso ayudan a crear.

—Se sienten pobres y no pueden comprender que tú quieras seguir siéndolo.

—Acostumbrados al papel de fuertes y seguros, esta vez se les ha roto el quicio en el que montan su incierta seguridad.

—Por eso te buscaban tus vueltas y revueltas hasta dar con una.

—¿No te decían tus superiores que fueras humilde?

—¿Que no hay humildad sin humillaciones?

—¿Te duele haber «caído» más que el daño que has podido hacer?

—Reconócelo y serás libre.

—Y te duele que alguien sepa que has sido un «delator».

—Sí, para qué engañarnos, el que delata en lo poco también delatará en lo mucho.

—Bien, para no delatar a otros.

—Pero el fin no justifica los medios.

—Y una persona —¿no lo decía Kant?— no puede ser medio de otra.

—¡Claro, también el Evangelio!

Día 7

DOS DE LA MAÑANA

No

No

No

Yo no fui.

No

No

No

¿Por qué?

¿Y

los

demás?

¡No!

¡Sí!

¡Siempre!

¡Váyase!

¡VAYASE!

¡Os tengo pena!

¡PENA!

¡Imbéciles!

¡Sí, imbéciles! ¿Qué menos puedo deciros?

¡No! ¡Nunca!

¿Quién es usted?

¡¡¡FUERA!!!

¡A esa hora, no, a esa hora no!

Os lo pido por mi madre

¿Sabíais que mi padre fue más valiente que vosotros, que yo y que todos juntos?

¡No! El murió por lo que yo vivo. HABLE BIEN.

¿Dónde están los que dentro de unos años se presentarán a las elecciones en nombre de la libertad? ¿Dónde están ahora? ¿Por qué no vienen? ¿Por qué se esconden?

¡Conejos muertos de miedo!

No

No

No ¡Nunca!

Ni por todo el oro del mundo.

Día 7

TRES DE LA MAÑANA

—Perdóname, Ricardo, yo no quería. De veras, no lo quería.

—¡Tuve miedo! De mí y de otros. Miedo..., no. Fue como una fuerza loca.

—No te harán nada. De veras, no te harán.

—Yo te ayudaré.

—Todos te ayudaremos.

—No pueden hacerles nada. Nada. Seguro. Además, son italianas.

—No, por favor, no te pongas así. No le digas a Madre Franca. ¡Es tan buena! No tiene derecho ni a la decepción.

—¡No tenemos experiencia! A Javier le hicieron cantar como la tabla de multiplicar. A mí como una antífona gregoriana. Pero todo es cantar.

—¡No te harán nada!

—¿Qué quieres además de pedirte perdón? ¿Que vaya a pie a Roncesvalles? ¿Que me meta de porquero en la Oliva?

—Claro que lo haré. De mil amores.

—Mira, le pediremos dinero a Casimiro, que acaba de heredar y tiene. Y a mi tía Delia, que también tiene. Y haremos colectas.

—Nos ayudarán en Estella, Tafalla y Tudela.

—No, traidor... ESO... NUNCA.

—No, ya sé que no me dices.

—Sí, ya sabes que sí.

Me desperté llorando a lágrima viva. Me sequé los ojos con la manga de la camisa del brazo derecho. Estaba cansadísimo. No se oía nada. Me subí al escalón. Eché mano a la medalla que me regalaron las chicas de la JOC cuando salí de la parroquia. Ya no recordaba que me la quitaron al entrar. ¿Cuándo era? ¿Qué día era hoy? ¿Qué noche?

Pensé durante unos minutos: no, no iba a pasarle nada. Además, no podía torturarme más. Era una minucia. Era un ejercicio de fortaleza y de debilidad al mismo tiempo. De hombría. A lo hecho, pecho. No le pasará nada, nada, nada.

Y me acosté de nuevo en aquella manta inmunda, sedosa, ya casi de terciopelo de mugre, una manta cansada, envejecida antes de tiempo, como todos los que la habían usado. Con ella quitaron el frío, el cansancio, tal vez el miedo, hombres duros, solitarios, hombres débiles y hombres de pelo en pecho. Era un bien común. Una reliquia.

Sentí una corriente de piedad intensa, un contagio de comunicación.

No le pasará nada, nada.

¿Tercer misterio? Sí, que me lo había dejado antes sin terminar. Y las Ave Marías, lentas, despaciosas, mansas, monótonas, pasaban como la aguas del río Arga, a su paso por Aitzpea, donde me bañaba de chico y donde tendría que bañarme de nuevo después de dormir con esta manta mugrienta.

No le pasará nada.

—*Ruega por nosotros, pecadores.*

Día 7

CUATRO DE LA MAÑANA

—La política, el sexo y la devoción, dijo muy sereno el poeta. El poeta o yo mismo, vete a saber. Todos los progresos iguales.

—Y si te dejas el dinero, ya no será tan progre como dices.

Peronovuelvasnoporqueenelfondonoquieresarriesgar-teynoquieresarriesgarteporqueeresuncobardeynoquieres-dejardeserlaprincesitaprogreybella ymimosaquehassidosiem-preperosiestasesperandoqueyotellameodealgunamanerate-fuerceestásfresconoloesperes.

Quéeslalibertadohlalibertadnosernuncaesclavodenadieni denadaninuncaserlibrenotenernimedioventrículocegadopa radecirsiempresiempresionoonodecirabsolutamentenadade cir lapalabraexactacuandolapalabrasalesonorayclaracomola voz del pájaroelrumordelafuente cuandomanasinquenadiela fuer ceniantesnidespúesyasísiempresiempretodalavidacua ndoestásjugandoafútbololeyendounlibroomeandotederisaen lacamaocantandovísperasaunquehayapasadolahoradelasvís perasyseamásbienlahoradelascompletasísiempreasítúnoeres unDiosyasesabepero vascaminodeserloynodeserunhipopó tamomonstruodeaqueellosprimitivosqueyanoexistenlosdino sauriosytodoesocreoquelacosaesfácildeentendercuandose tieneelalmalibrequeesloquepocostienen.

Vasaparticiparcontodosenlafiestaapretémonosfuertelas-manoscantandoypartirdenochepartirdedíadejandolo-quehayaquedejar

VICTOR MANUEL ARBELOA

*En la rosaleda
escogí una rosa
una rosa joven
una rosa roja*

Sinesaalforjapesadaydolorosadelaslágrimaslosceloslosde-
seosquedevoranquetalanlasnochesolitariasoenfebreceenlas-
nochesllenasdelunadesexossiempreconlaseguridaddequela-
nochepasaprontoyamaneceeldíayeldíaseincendiadeotraslu-
cesquehacenolvidarlalunallenaytemetenunaspunzantesestre-
llasenelalma

*Tu cuerpo me huele a sándalo
vándalo, sándalo, vándalo*

Yporqué tardó tanto en llegar aquellanochesihabíansali-
do juntos dela ciudad y quedamos en vernos en el bardelacarrete-
raluegodijeronquehabíanestadoesperándonos fueraperona-
dieloscreyóy así undíayotrodíasin poder descansar agusto el al-
ma en un corazón seguro nono me lo creí que ser libre está bien-
no creerse lo que te dicen los que dicen que quieren y luego están dis-
puestos el mejor o peor de los días a vender el alma prestada que-
tienes en que llevan a todas partes diciendoqueacabandecomprar-
la.

Porque el blanco de la verdad es la eficacia cabeza fina y cora-
zón caliente y no al revés cálidasobre mesadiscretamente alcohó-
lica entre viejos amigos frases y frases cuanto más vacíos más gár-
ru-lo es toy hartode palabraharto

Necesito más luz para quererte.

Para qué nadaparanadahastíodelacarnepepigifoeduscu-
molismeisnevultummulierisaspiciere porque por lamujervi-
nolamuertey por lamujerseguirá viniendo amigos míos noveis-
quelamujertraerá vida pues por lomismo traerá lamuertedebe-

traerlamuerteyelespíritudebeliberarsedecualquiermuertecarnalcomoseliberadela muertecorporal.

En los frailes de puente en la huerta nos reuníamos los seminaristas de la zona venidos a darnos el retiro lo pasábamos de mil jelines por que nos veíamos los del curso y otros compañeros de cursos superiores e inferiores rezábamos cantábamos y nos reíamos mucho y había un omeñudo mendigador que se pasaba durante los ratos de silencio en la huerta y decía siempre para que lo iríamos todos

¡Fruto no sacaremos, pero fruta!

Era la juerga la juerga y don lorenzo todos erionos hablabade los peligros del mundo de las mujeres lo malas que son a nuestra edad y que no nos fiáramos ni si quiera de nuestras primas y hermanas por que luego vienen sus amigas y ya está el lío armau que razón tiene don lorenzo decía mi guapo ángel que tenía una hermanita muy guapa que iba a verle los sábados al seminario y todos nos quedábamos mirando por que parecía la virgen que estaba en el cuarto del padre espiritual tenía los ojos azules y unas coletas que le caían hasta la espalda y unas medias o calcetines altos blancos y un vestido a veces rosa y a veces azul también.

Y cuando nos íbamos a ir don lorenzo nos daba unas estampas con la virgen del seminario y unas frases de la biblia y unos párrafos de un libro que teníamos que leer continuamente nos decía en vacaciones después de la biblia no hay otro nos decía que haya hecho tanto bien y que haya hecho tanto bien en el mundo.

Día 7

CINCO DE LA MAÑANA

Y decía este libro que don lorenzono se copiaba en las estampas:

«Mira que los muy abundantes en el siglo como humo desfallecerán, y no habrá memoria de los gozos pasados, y aun en tanto que viven no huelgan en ellos sin temor, congoja y amargura: que de la misma cosa que reciben el deleite, de allí las más veces reciben la pena del dolor. Justamente se hace con ellos, porque así como desordenadamente buscan y siguen los deleites, así los cumplen con amarga confusión.

¡Oh cuán breves, cuán falsos, cuán desordenados y torpes son todos. Más de beodos y ciegos no los entienden los tales, sino como animales mudos por un poco de deleite corruptible se dejan caer en la muerte del alma. Por eso hijo mío, tú no vayas tras tus desordenados apetitos, más apártate de tu voluntad.

Deléitate en el Señor, y darte ha lo que pidieres en tu corazón.»

Don lorenzono se explicaba a algunas palabras difíciles que nosotros no entendíamos y nos gustaba tanto que lo aprendíamos de memoria cada día rezábamos con las tres avemarias y luego hacíamos el examen particular y el examen general antes de acostarnos.

—¿Y la vista?

—¿Y el oído?

—¿Y el gusto?

—¿Y el olfato?

—¿Y el tacto?

Corpuscasinuncaibaporqueayudabaasupadreasegaradarmanadasyaacarrearyluegoatrillaravecesnisiquieraibaalanovénadelavirgendelcarmenyteníamosquecantarjosemariyyolasletrillasdelanovena

*Oh Virgen del Carmen,
del hombre consuelo,
del hombre consuelo,
derrama en el suelo
tu gracia
tu gracia
tu gracia sin par.*

Bueno ya qué viene es o pues viene a lo que viene que como dice el cura de arguedas o denosé qué pueblo de por ahí las personas que se dedican a lo político lo hacen casi siempre por que no pueden reprimir las pasiones y se buscan coartadas él dice así coartadas para distraer la atención de lo que debieran y disimular lo que hay que hacer como que hacen algo como que dominan algo el mundo si se quieren perosindominarse así mismo svay agraciayanos decíadonlorenzoy querazón teníay así lo recuerdamuchas veces el párrocode arguedas o denosé qué pueblo de por ahí.

Y de la diputación qué a quite quiero a migoy no diciendota historia de democracia de socialismo y de ordígas qué hacemos con la diputación conestay con la otray de dejar de hablar del quince de junio que ya lo tengo hasta en los huevos el quince de junio es que parece que no ha habido o trafechades desde el nacimiento glorioso de nuestro señor jesucristo que el quince de junio pasacualquier cosa y quince de junio que te meto dímite una y unta mientoya unquenodimita enteroy quince de junio que te ostiti unode-

nerodosdefebrerotresdemarzocuatrodeabrilcincodemayo-
quince de junio.

Quince de junio, San Fermín

Buenopuesyapasóelquince de junioyahoraquéquéhace-
mosmachoconladiputaciónaverlosimpuestosyla transferen-
ciasydetantasotras cosas.

—¿Pero qué dices del 15 de junio si el quince de junio no
llegó todavía?

—¡Pero si faltan cinco, digo cuatro años para el quince de
junio!

—Es una adivinación, tú, qué te crees, tú, que los poetas
cuando soñamos, soñamos sólo en lo que pasó. No, mi niña,
no. Déjame soñar en el quince de junio. Yo me quedo con la
política y la devoción que para mí todo es uno.

—Y tú vete con las mandangas del sexo a otra parte.

Día 7

SEIS DE LA MAÑANA

Descorrieron el cerrojo y abrieron la puerta.

–Buenos días.

–Hola, buenos.

Se levantó. Tenía que levantarse. El policía de turno se llevó la manta y el camastro.

Hacía frío. Hizo un rato de gimnasia y pedaleó sobre el aire. Recorrió la celda de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

Uno, dos tres, cuatro

Ahhhhhhá.

Ahhhhhhá.

Ahhhhhhá.

Ahhhhhhá.

Y así hasta cincuenta veces, como había aprendido a hacerlo en los cursos de CCC.

Primero los brazos, luego las piernas, luego los brazos, luego las piernas.

Unadostrescuatrocincoseissieteochonuevediezoncedoce-rececatorcequincedieciséisdiecisiete.

Sin parar, sin parar, sin parar.

Ahhhhhhá.

Ahhhhhhá.

Ahhhhhhá.

Ahhhhhhá.

¡Qué bien!

Pegaron a la puerta. Nunca pegaban. Entraban.

Se puso rápidamente la camisa, el jersey, se pasó la mano por los pelos, grasientos, ramplones, pelos de rata solía decir su madre.

—¿Quién?

—Descorrieron el cerrojo. Abrieron la puerta.

—Buenos días.

—Buenos.

—El inspector Yáñez.

—Tanto gusto.

—El señor... antiguo jefe de policía de Pamplona.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío, majo. ¡Qué ganas tenía de conocerte!

Se quedó sorprendido. Le sonaba su cara, una cara gruesa, como con granos de adolescente, con abrigo marrón y corbata clara, ojos penetrantes, pelo todavía recio aunque entre gris y blanco, de complexión atlética, con tendencia a excrecencias sárquicas.

—¡Tú eres el del artículo!

—¿Qué artículo?

—¡El de Zabalza!

—¡Ah!

«Sr. D...

Distinguido señor:

Comienzo por decirle que aunque los dos tenemos el mismo apellido, afortunadamente no tenemos ningún parentesco, como me precio de hacérselo saber así a quien me pregunta por usted.

He leído con indignación el artículo que ha publicado usted sobre Ricardo Zabalza. ¿Qué sabe usted de eso? ¿Quién es usted para mandarlo a la Gloria? No sabe lo que dice.

Ya sé que escribiendo usted artículos en *La Verdad* y en otros periódicos progresistas ha podido usted comprar el piso que tiene, señal de la pobreza de Cristo que ustedes tanto predicán.

Si tiene valor, publique esta carta en *La Verdad*.

Atentamente.»

«Muy Sr. mío:

He recibido su carta con mucha pena. Yo no me avergüenzo de nadie que lleve mi mismo apellido; además, en nuesro caso, como descendientes de un mismo tronco y de una misma casa, somos todos parientes, aunque lejanos. Pero, por eso no sufra; somos hijos más de nuestras obras que de nuestros apellidos.

En cuanto al artículo sobre Ricarzo Zabalza, yo me proponía solamente hacer resaltar unos aspectos humanos, positivos, después de tantos años de silencio y de vergüenza para decir las cosas más elementales. Así me lo han reconocido muchos, de una y otra parte. Era la primera vez que en una publicación navarra se mencionaba con respeto, y en este caso con cariño, la vida y sobre todo la muerte de un hombre que fue una figura nacional, dejando aparte su valo-

ración política. Pero si tiene usted algo que alegar, puede hacer lo que hice yo: escribir al director.

Yo no me dedico a meter a nadie a la Gloria, que eso lo hace Dios, pero sí deseo que todos estén, todos especialmente los que, equivocándose muchas veces sin duda, hicieron algo por dejar el mundo mejor de lo que estaba y por ayudar a los hombres a vivir en paz y en justicia.

En cuanto al piso, han debido de informarle mal. Puede usted darse una vuelta y verlo: un piso de cooperativa, de los más baratos de Pamplona y alrededores.

Está también usted equivocado en cuanto a los de *La Verdad*. Nunca he cobrado un céntimo. Puede usted preguntarlo.

Yo no soy director de la publicación. Pero le envío su carta muy a gusto para que la publique.

Me gustaría conocerlo o escribirle alguna vez con algún motivo un poco más agradable.

Atentamente.»

—Ah, ¿lo recuerdas, eh?

—Ahora sí.

—Qué ganas tenía de verte. Y de verte aquí. Tú estás loco. Tienes que estar loco...

Levantó la mano. Iba a golpearle. El le detuvo el brazo. Hubo un rápido, brevísimo forcejeo. El inspector agarró violentamente al antiguo jefe de policía y lo empujó al pasillo. Cerró con rapidez la puerta. Y se fueron.

Día 7

SIETE DE LA MAÑANA

Me puse el anorak. Comencé a pasear por la celda. Me subía como una densa, cenagosa, imparable marea a los ojos, a la cabeza y parecía inundarme ya eso que llamábamos corazón.

Rompí a llorar, a llorar casi con estrépito, sin consuelo, como quien lo ve perdido todo, o acaba de presenciar un naufragio, un terremoto que ha sepultado a su pueblo, una hecatombe que ha borrado todos los proyectos de vida que alguien tenía, como una vista, por delante.

Abrieron la puerta. No descorrieron el cerrojo. Entró el inspector.

—Por favor, cálmese.

—Cálmese.

—Por favor.

—No ha sido nada.

—Gracias. Perdone. Soy un sentimental.

—No. Ha sido un bruto.

—No lo esperaba.

—Ni yo. ¿Sabe? Como tienen el rango, pueden pedir visitar los presos.

—¿Cómo es posible?

—Yo pensaba que se conocían.

—No. Qué va. ¡Ya ha visto!

—¡Como era el mismo apellido!

—¿No le dijo nada?

—¿Antes?

—Sí.

—No. Nada. Habló con el comisario jefe y me dijo que le acompañara. Mala suerte.

—Le voy a traer un café.

—No. Que no tomo café.

—O leche. ¿Le hace daño el café?

—No, bueno, traiga café, me despabilará.

—Sí. Y hablamos un rato fuera.

—Bueno. Muchas gracias.

Día 7

OCHO DE LA MAÑANA

—Se equivoca, inspector, le dije sin poder contenerme. Somos un pueblo trágico, trágico, que no puede vivir sin sangre, sin dolor, sin espanto, que necesita no poder estar alegre mucho tiempo, sin algún luto, sin algún recuerdo terrible, que lo alimente durante toda la vida.

¿Es el Dios terrible, castigador y celoso que nos han inculcado durante muchas generaciones? ¿Llevamos en la sangre, como insinuaba Ortega, algún ingrediente químico que nadie todavía conoce? No me importa mucho. Pero usted y los que quisieran matarle a usted no se diferencian mucho, perdóneme, es terrible lo que le estoy diciendo, porque ustedes...

—Llámeme de tú, si quiere.

Ustedes no quieren cambiar, no tienen intención alguna de cambiar.

—Pero...

—No. Déjeme primero terminar lo que pienso. Mire, durante la guerra civil española salieron a la luz las tripas de España, incluso en aquellos que decían que no eran españoles. Unos saludaban con el puño en alto. Otros con los brazos levantados y las manos extendidas. Todos necesitaban levantar los brazos, hacia arriba, buscando el aire, el sol, el cielo, qué sé yo. Unos decían «Arriba» y otros decían «Gora», que es lo mismo. Y otros «Viva», pero mirando siempre hacia allá, hacia allá arriba. El español no puede vivir sin he-

roicidades, aunque para eso tenga que matar, que asesinar. La cosa es ser héroe, un pequeño dios; si es creyente, para imitar al Dios en quien cree; si no lo es, para crearlo, porque sin héroe, sin dios, sin Dios, está visto que aquí nadie puede vivir ni morir. Casi todos tenían razones para luchar y para morir. Morir no era tan espantoso, ni tan difícil, como ahora, aburguesados, cómodos y comodones, fáciles y frágiles, pensamos que es. Se moría con toda facilidad, con toda sencillez, como quien nace, como quien come o bebe, como quien se lava por la mañana. Tenían razones: ¡Dios, la Patria, el Rey, los Fueros, Lege-Zarrak, el Pueblo, la Nación, el Estatuto, el Futuro, la Clase, el Mundo, la Libertad, la Justicia, el Pan, la Solidaridad, la Internacional...! Cuántos dioses, cuántos dioses, cuántas razones para vivir y morir. Hoy apenas si nos queda alguna.

—En muchos sí.

—Sí, en muchos sí, pero somos poquísimos, y en los momentos decisivos está por ver. Se es revolucionario o reaccionario después de comer o después de beber o antes de dormir, con toda facilidad, pero cada hora, cada día, cada año, tras cada fracaso, tras cada revés, esto es ya más raro.

—Claro que no podemos pedir que todos sean héroes.

—¿Cómo todos? De un millón, no hay medio. Pero a lo que iba: entonces, con muy nobles excepciones, todos mordían. Todos ardían. Todos devoraban. todos iban a la caza del enemigo con los nombres más bellos, más líricos, más, por lo mismo, estremecedores: «Brigadas del amanecer», «Columnas de Hierro», «Pechos de acero», «Linces de retaguardia». Ambos bandos implantaban el racionamiento y se dedicaban al mercado negro. Mentían. Decían mil falsedades al extranjero. Querían aniquilarse, no sólo ganar la guerra, de una manera u otra, más pronto o más tarde. No. Querían exterminarse. Es la ley de la guerra. Los demócratas y los antidemócratas. Los rojos, los azules y los

verdes. Y no sólo una región contra otra, no sólo un país contra otro país, no sólo una clase contra otra, no, no, no. Esto es un mito que ha servido muy bien a los simplones, a los fanáticos de todas las marcas y de todos los géneros. Se mataban catalanes a catalanes, vascos a vascos, castellanos a castellanos, andaluces a andaluces, pobres a pobres, ricos a ricos, comerciantes a comerciantes, médicos a médicos, soldados a soldados, masones a masones, católicos a católicos, ateos a ateos, obreros a obreros.

—Está usted muy excitado.

—¿Excitado? Estoy profundamente dolorido. Si estuviera excitado, algo más hubiera hecho por acabar con este drama secular. Pero lo malo es que sólo pensamos en él muy pocas veces. Yo estos días he tenido esta gracia. Y la visita de este hombre hoy, a las seis y media de la mañana, me ha recrudecido esta vieja hondonal herida.

—Olvídese, no ha sido nada. Ya ha visto...

—Que no, que no es cosa de olvidar. Que cuando lo olvidamos, lo repetimos. Tampoco es cosa, claro, de exaltarlo, de sacarlo a relucir, de consagrarlo. Es cosa de eliminarlo para siempre. Pero por eso, aunque nos duela, hay que analizarlo, buscarle las raíces, las uñas, las garras, las pezuñas a ese monstruo de la violencia, de la guerra, de la muerte, que parece nuestro sino, y que dejará de serlo, cuando nosotros se las arranquemos, rasss, para siempre.

—¿Usted vivió la guerra? No, usted es muy joven.

—Yo la he posvivido. Y usted. Y todos. ¿Piensa que algo de esto sucedería sin la guerra?

—Hombre, yo diría que algo siempre.

—Pero, además, el problema de la guerra no es que brotó como un geranio, ni como una mala hierba, ni como un árbol frutal, que es más lento. No. La guerra explotó en 1936, pero

podía haber explotado mucho antes. Los anarquistas ya la ensayaron en enero de 1932, en enero de 1933; los militares conservadores en agosto de 1932; los socialistas y comunistas en octubre de 1934; los catalanistas también entonces...

Día 7

NUEVE DE LA MAÑANA

Estábamos sentados en el cuarto donde me habían interrogado el día anterior. Era un cuarto con una ventana grande, cerrada. El inspector tomaba pausadamente el café: debía de estar helado. Yo lo había tomado de un sorbo, como una pócima. Seguíamos la conversación. El intentaba mostrarse cordial, abierto, casi amigo. Yo quería creérselo, pero me hacía dudar la profesión del inspector, acostumbrado a todos los quiebros, a todas las piruetas, a todos los escondrijos. ¿Conservaría este hombre todavía unas ondarras de sensibilidad? ¿O tal vez le crecía un árbol grueso, que se nutría de las raíces de todos los dolores, los horrores, los temores, propios y ajenos, que él, también, contribuía a aumentar?

—Las cárceles de ambos bandos estaban llenas. En todas se hacían sacas espantosas e inhumanas. Mandaba el fusil en todas partes. Cuando en algunos pueblos llegaba un requeté o un falangista muerto, sus compañeros iban en busca de alguien que había sido de la Casa del Pueblo, de la UGT, alguien que había participado en una huelga, y le vengaban así al compañero muerto en el frente. Lo mismo pasaba en Burgos, en Valladolid o en Orense. Y lo mismo en Ciudad Real, en Barcelona o en Teruel. Usted ha leído el libro *Causa general*, sin duda.

—Sí, claro.

—Pobres hombres que tenían el delito de creer en Dios, de ir a misa, de tener una hija monja, hala al cementerio y de allí a la tumba. O en el recodo de un camino. O en una era. Daba igual. Mandaba el fusil. Y se escribían libros al ser-

vicio del fusil en vez de poner el fusil al servicio del libro. No. Aquí era al revés. Y nada de medias tintas, de ya voy pero no vengo, de sí pero no, de aguarda un poco. No. O eras de unos o de otros. Todos los republicanos eran rojos. Todos los anti-republicanos fascistas.

—Y ahora también pasa algo de eso.

—Claro, es la herencia. Prohibido pensar, distinguir, pararse, meditar, quedarse en silencio, reflexionar, dudar. No, no. Fuera. O al frente o a la tapia. Los matices, como las perdices, para los días de fiesta. El que dudaba era un emboscado, un maldito. Carne de cañón. Al general López Ochoa, que había sido masón, que fue enemigo de Primo de Rivera y un personaje de los primeros tiempos de la República, no le perdonaron el mandar la represión de Asturias, donde se cometieron tantas salvajadas; lo sacaron de la cárcel un día de agosto de 1936 y no lo mataron hasta que hubo mucha gente para verlo morir. Luego le cortaron la cabeza, la pusieron en un machete, el machete en una pica y lo pasearon por Carabanchel, quitándose unos a otros el honor de llevarla como un trofeo. Todos gritaban «Viva la muerte» o si no lo gritaban, la festejaban, la veneraban, la idolatraban.

—Un poco trágico, ¿no?

—Trágico pero cotidiano, doblemente trágico. Ya ve el feroz asesinato de García Lorca, una pobre paloma, una fruta en primavera, un copo de nieve. Y aquel buen hombre socialista que, al ir a matarlo, por eso, por ser socialista —un socialista navarro moderado, alcalde de un pueblo de la Ribera— al decirle que se confesara, les dijo a los que iban a quitarle la vida:

—A vosotros os hace más falta.

Y murió así, valientemente. Al cardenal Vidal y Barraquer no le quitaron la vida unos mozalbetes de la FAI porque les hizo gracia alguna broma que les dijo ya en el carromato de

la muerte. Y a don Joaquín Beunza, que había sido jefe de la minoría vasco-navarra, y era un vasco de pies a cabeza, como era carlista, lo desplomaron precisamente en Guipúzcoa. ¿Sabe lo que les dijo a quienes lo mataban?

—No.

Pues les dijo:

—Vosotros no sabeis por qué me matais, pero yo sí sé por qué muero: Para que vuestros hijos sean mejores que vosotros.

—¡Caramba!

—Sí. Hubo pastorales de lobos y conjuras de chacales y sobre el llano silencioso, desesperado, maternal de España, resonaba la carcajada del gran diablo gozoso, triunfante por la espléndida ventaja de no tener que escudriñar almas aisladas para deducir motivos de condenación; ya que la guerra civil se las proporcionaba a montones recién salidas de una tintorería fantástica en que unos filisteos teñían de rojo el mal y de azul la inocencia, y otro usaban los colores con un significado exactamente contrario. Rojo y azul, azul y rojo, los hermosos colores de Caín y Abel.

—A veces se mataba por las buenas, sin que importase nada (Y el inspector me contó el caso de un tío suyo, maestro, que era un liberal agnóstico y al que asesinaron para que no fueran trece los fusilados aquel día. El que dirigía la limpieza debía de ser muy supersticioso).

—Sí, se mataba ya sin odio, como quien cumple un deber, y un deber frío. ¿No ocurre hoy con algunos? Pues eso, lo mismo. Sólo que lo de ahora es mucho más grave. Y lo será todavía más cuando acabe la dictadura y haya algunos que, por costumbre, por revancha, seguirán matando...

—Baje más la voz.

—Me estoy poniendo ronco. Y le estoy entreteniéndolo a usted.

—Entreteniéndolo muy agradablemente. Hacía mucho tiempo que no había tenido una experiencia semejante. Hemos de continuar. A ver si pilló luego un rato. Ah, y déle esta noche recuerdos a su madre. Fue muy amable con nosotros.

—¿Estuvo usted en casa?

—Sí. Me tocó a mí dirigir el registro.

Y volví a mi celda.

Día 7

DIEZ DE LA MAÑANA

«Dios no deja solos a los suyos —dijo el alcalde marxista—. Siempre hay un ángel donde se necesita a Dios. Son las presencias invisibles, ligeras, aladas, alacres, que van y vienen y a veces se detienen, serenan el alma, despejan la mente, aquietan el corazón.

En todos los momentos decisivos de la historia envía Dios sus ángeles, luces tibias de su luz fontanal, fuerzas insistentes de su poderío, llamitas alentadoras de la esperanza, que es la huella del inmenso amor de Dios sobre los hombres y sobre las cosas.»

Volvió a su celda. Se subió al escalón. Oyó cerca el rumor de la gente, de los coches. No vio nada porque el bulto gris de al parecer un coche patrulla estaba aparcado allí mismo.

Se recostó en el escalón cuan largo pudo y puso el anorak de almohada.

Al instante se le aparecieron los ángeles del Señor en forma —cosa de historiadores— de Julián de Zugazagoitia, de Indalecio Prieto, de Manuel de Irujo y del teniente general Yagüe.

Dijo el primero:

«El derecho de la victoria tenemos que conquistarlo no con palabras sino con hechos. Y ninguno tan eficaz como el de manifestar la serenidad de nuestro ánimo con el respeto de las vidas de nuestros rehenes y los prisioneros. Recordemos que también los rebeldes tienen rehenes y prisio-

neros. Estimular en el adversario el odio equivale a dictar condenas de bárbara muerte contra familias enteras de trabajadores. Mejor que esa imprudencia, de la que nada bueno vale prometerse, es intentar, aun cuando el propósito no se logre, ejemplarizarlo en un proceder humano, respetuoso y sereno. La conducta de los rebeldes, cualquiera que sea la sevicia en la que se inspira, no puede servirnos de ejemplo ni de disculpa. ¿Acaso no estamos en el deber de probar que somos distintos?».

Y llegó la palabra gruesa y veloz de Indalecio Prieto:

«Por muy fidedignas que sean las terribles y trágicas versiones de lo que ha ocurrido y está ocurriendo en tierras dominadas por nuestros enemigos; aunque día a día lleguen, agrupados en montones, los nombres de los camaradas, de seres queridos, en quienes la adscripción a un ideal bastó para condenarlos a sufrir una muerte alevosa, no los imitéis; no imitéis esa conducta, os lo suplico. Ante la crueldad ajena, la piedad vuestra. Los que constituimos esta generación que declina no podemos irnos de la vida con la angustia de dejar a España, endurecido el corazón, insensible a la solidaridad humana.

Oídme bien: son mis palabras reflexiones que hacen temblar de emoción, pero palabras sinceras, nacidas en lo más íntimo del alma. ¡No los imitéis! Superadlos con vuestra generosidad. Yo no os pido, conste, que perdáis vigor en la lucha, ardor en la pelea. Pido pechos duros para el combate, duros, de acero, como se denominan algunas de las valientes milicias. ¡Pechos de acero! pero corazones sensibles, capaces de estremecerse ante el dolor humano y de ser albergue de la piedad, tierno sentimiento sin el cual parece que se pierde lo más esencial de la grandeza humana.»

Y la voz dura y de estrenada responsabilidad de Manuel de Irujo:

«Como demócrata y cristiano, como ministro de la República Española vengo a guardar y a hacer guardar las leyes. Sé muy bien la solera de crueldad monstruosa sobre la que la guerra se asienta y el odio infinito esparcido con profusión sangrienta por todos los ámbitos del país. Mas la gesta popular ha sido manchada de sangre de crimen. La retaguardia republicana ha presenciado innúmeros asesinatos. Las cunetas de las carreteras, las tapias de los cementerios, las prisiones y otros lugares se han llenado de cadáveres. Hombres representativos de la opinión y caballeros del ideal sucumbieron juntos y están mezclados en monstruoso montón. Mujeres, sacerdotes, obreros, comerciantes, intelectuales, profesiones liberales y parias de la sociedad han caído víctimas del *paseo*, nombre en que el *argot* popular encubre el más apropiado y castizo de asesinato. Ni el hogar del humilde trabajador ni el palacio secular del aristócrata ni el cenobio místico del religioso, ni el prostíbulo que alimenta el monopolio, se vieron libres de la represión criminal, cruel, bárbara e incivil, organizada por hombres sin honor ni piedad, que se han servido de la pasión popular desbordada para encharcar con sangre, no pocas veces inocente, el noble solar de la democracia española.

Levanto mi voz para oponerme al sistema y afirmar que se han acabado los *paseos*. Hubo días en que el Gobierno no fue dueño de los resortes del poder. Se encontraba impotente para oponerse a los desmanes sociales. Es preciso que el ejemplo de la brutalidad monstruosa del enemigo no sea exhibido como el lenitivo a los crímenes repugnantes cometidos en casa. Triste sino el de un Régimen que tiene por cuna la fosa sepulcral.

Vuelvo, pues, a repetir y ojalá pudieran oírme hasta los muertos, como me oirán sus asesinos: ¡Terminaron los *paseos*! Quien quita la vida a un semejante, por su propia autarquía, será juzgado por ese delito!»

El grito de mando y guerra del teniente general Yagüe, desde el mismo Burgos, roca de cuartel y de autoridad, pedía ahora jueces dignos y justos, tan necesarios como el pan, como el alimento de cada día:

«El tener jueces justos que nos garanticen una justicia justa e igual para todos es más fundamental aún que la justicia social... El día que podamos decir con orgullo: «¡Aún hay jueces en España!», ese día habrá acabado una era, ese día se habrá dado un paso de gigantes para la unificación y la grandeza de España... Para darle a la unificación calor humano, para que ésta sea sentida y bendecida en todos los lugares, hay que perdonar. Perdonar, sobre todo. En las cárceles hay, camaradas, miles y miles de hombres que sufren prisión. Y ¿por qué? Por haber pertenecido a algún partido o a algún sindicato. Entre esos hombres hay muchos honrados y trabajadores, a los que con muy poco esfuerzo se les incorporará al movimiento... Hay que ser generosos, camaradas. Hay que tener el alma grande y saber perdonar. Nosotros somos fuertes y nos podemos permitir ese lujo.»

Se levantó con el alma levantada. Y se puso a cantar de contento.

Día 7

ONCE DE LA MAÑANA

*Un día por las montañas
apareció un peregrino
apareció un peregrino.
Se fue acercando a las gentes
acariciando a los niños
acariciando a los niños.
Iba diciendo por los caminos:
Amigo soy, soy amigo.
Sus manos no empuñan armas
sus palabras son de vida
sus palabras son de vida.
Y llora con los que lloran
y comparte la alegría
y comparte la alegría.*

Iba diciendo por los caminos...

Me saltaban las lágrimas de alegría. ¡Lo había cantado tantas veces! En las celebraciones cristianas de Amsterdam y Rotterdam con aquel grupito de hespéricos, tan solos, tan pobres de espacios culturales, tan lejanos al mismo tiempo de una Iglesia renovadora. En Echavacoiz, el pobre barrio acurrucado en su olvido y en su condición transeunte. En las vigili-as cristianas de comunidades alegres, renacientes, vigorosas, utópicas.

Este era mi Cristo. Y me puse a decir en voz alta las Bienaventuranzas.

Bienaventurados los pobres porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados...

Era una palabra que ya no se usaba. Pero «felices» no quería decir lo mismo. Ni «gozosos», ni «tranquilos»... No, no. *Bienaventurados*. Venturados, bienaventurados. De venir, de ventura, de aventura, de adviento. Lo que va a venir. El que va a venir. Qué definición tan hermosa. Qué exacto compendio. Somos los hombres del porvenir. Porque nuestro destino que es Jesús viene siempre. Y *está* viniendo. Y viene para estar y quedarse.

Bienaventurados los limpios de corazón.

Ordet, de Dreyer. Y aquellos trigos. Y aquella cocina casera. Y aquellos ojos revueltos. Y la tempestad. Y los cielos negros. Y la niña muerta. Y la vida. Y la luz.

Sin cristales. Sin cerrojos. Sin comisarías. Sin asesinatos. Sin estados de excepción ni excepciones de estados. Sin susos a las seis de la mañana. Sin píldoras para el sueño a las doce de la noche. Con medallas al cuello y cinturón a la cintura y el reloj en la muñeca y lazos en los zapatos. Porque viene el Señor.

Bienaventurados...

Y junto a las Bienaventuranzas, allí, sobre el escalón, *La Internacional*. A pesar de algunas letrillas tan desfasadas, tan ripiosas. ¡Pero qué fuerza, qué viento, qué ímpetu, qué fragor de futuro! Parecía que la Humanidad avanzara en bloque conquistando todo, arrollando todo de luz y de júbilo:

En pie los pobres de la tierra.

Y cantaba a voz en grito. Era una protesta, claro. Era, sin duda, una pequeña venganza. Pero era también un anuncio,

un mensaje, una oferta clamorosa a todos los que pasaban entonces por la calle, a todos los que andaban por los pasillos buscando carnets y pasaportes —¿qué querrá decir todo esto dentro de unos años?— a todos los que creen que las cárceles son necesarias y a los que creen que no lo son, porque cada uno ha de ajustar sus cuentas.

*El día en que el triunfo alcancemos
ni esclavos ni pobres habrá.
La tierra será un paraíso
patria de la Humanidad.*

Pegaron a la puerta.

Bajé del escalón.

—¿Quién?

—Un poquiyo más bajo, que le van a oír fuera.

Tenía razón. Que alguien oyera cantar *La Internacional* en 1973, en Pamplona, desde la comisaría, era un poco loco.

Bajé la voz y continué. Un repaso por el gregoriano y el himnario —*Victimae Paschali Laudes*, *Ave Maria Stella*, *Exsurge Domine*, Aleluyas pascuales, prefacios...— y otra vez a las Bienaventuranzas y a *La Internacional*.

Día 7

DOCE DE LA MAÑANA

—Pero no te hagas ilusiones. Y ojito con hacerte un mártir. Casi nadie sabe que estás aquí. Y los que saben se dividen entre los que están de acuerdo en que estés y los que no. Y entre éstos, unos pocos te tendrán envidia, que es un sentimiento que no te agradará mucho, y otros dirán que se j... y aprenda y no haga más el tonto y espabile y no sea tan ingenuo, que los demás hacemos eso y más y aquí estamos sin ver una celda ni hablar con un inspector.

—Y algunos, no te enfades, incluso de los que crees que son amigos tuyos o que te admiran o que te leen, si se enteraran un día a las ocho de la mañana que te habían fusilado en los pasillos de las celdas o en la «cámara de torturas» o debajo del cuadro del gobernador, déjame que te diga, no dejarían por eso de desayunar.

—Por lo demás, el mundo sigue igual. Mira:

—Si en Londres cunde el pánico en la bolsa, no es porque tú estés en la comisaría ni porque vayan a ponerte una multa probable de 100.000 pesetas, sino porque ha corrido el rumor de que los países árabes han decidido retirar parte de sus depósitos en bancos occidentales.

—Y tus alardes en favor de la reconciliación y en contra de la violencia no van a detener la batalla aérea sobre el canal de Suez, mientras los judíos esperan un próximo ataque de los árabes.

—Murió, ya lo ves, mientras tú hacías aspavientos con cierto dramatismo por estar encerrado en una celda oscura y estrecha, don Francisco Burguete Indabere, jefe del cuerpo técnico de letrados del ministerio de justicia, natural de Garzain, a los 55 años, ¡unos pocos, sí, unos pocos más que tú, y sin hacer aspavientos!

—Y en la sala *Bordatxo* de Santesteban, hoy mismo, habrá grandes bailes, con la reaparición de la gran orquesta TROPICSHOW, con la graciosa y escultural Ivette. Y mañana, con la presentación nada menos que de Patxi Andión. ¡Y no creo que lo hagan en tu honor!

—Y todo el mundo anda perdiendo los bofes por las 200 opciones a viviendas, sin entrada inicial, que ofrece la CAN, y un piso gratis, 4 seat 127, 100 TV portables, premios en metálico... Nadie se acuerda de que las celdas de la comisaría de Pamplona están mal hechas, peor iluminadas, que los cristales están rotos...

—Mira ese anuncio, no lo ves, porque tienes ahora poca luz, con ese coche patrulla por delante, y esa ventana tan bizca, pero en *Revestimientos y Pavimentos Cerámicos XX* y *Cía* ofrecen un suelo y unas paredes decorativos, color permanente, a prueba de ácidos y lejías, a prueba de heladas, indigestables, a prueba de golpes y de presiones, higiénicos, fáciles de cuidar, de duración ilimitada... ¿Conoces sus precios? ¡Seguro que no los conoces!

—Y esa camisa y ese anorak, ya tan sucios: «Para probarse y vestir, un impecable traje... Diez minutos son suficientes. Con la facilidad de elegir entre un gran variedad de atractivos tejidos y dibujos».

—Y si quieres ver un poco el mundo que no ves ahora —¡todos lo están viendo!—, «el televisor de artesanía, de máxima calidad, alambreado a mano».

—Y luego NEW HOLLAND SANTANA CLAYSON. Y pienso con rentabilidad garantizada, que su ganado lo demostrará.

—Y ¿por qué se caen los toros? Eso, y no por qué caen los curas, los socialistas y los poetas es lo que les importa a los aficionados.

—Y han nacido Patricia de León y Arlegui. Y Javier Ruiz de Gaona Carlos. Y Pedro Luis Martínez Martínez.

—Y Natalia Recarte Oteiza, de Manuel y María Rosario, con la que soñarán algunos tan románticos como tú dentro de cuatro días.

—Y ¿sabías que Andrés Sáenz Miguel, de Logroño, ha contraído matrimonio, como lo manda la Santa Iglesia, nada menos que con Catalina Lasarte Baraibar, de Pamplona?

Pues a todos los invitados a la boda, que son muchos, les interesó la comida que tuvieron en el hostel Aguirre mucho más que todos los rollos que han leído estos días sobre las detenciones y cautividades de curas y de rojos en toda la España.

—Sí, ya sé que lo sabes. Pero no lo sabes tan bien como yo, que sigo la prensa cada día, y salgo, y alterno, y oigo lo que dice la gente, la gente de la calle, no la gente de *base* de la que habláis vosotros.

—Y mientras tanto, el ayuntamiento de Pamplona ofreciendo cinco plazas de agentes femeninos y tres de agentes masculinos para puestos de policía municipal. Y a vosotros, nada, ni una triste pensión de una semana por haber dado testimonio del Evangelio y de la democracia venidera.

—Cuatro estelletes cobraron 474 palomas —ninguno se acordará de enviaros algunas— y el grupo de dantzaris visitará, tan ricamente, Finlandia.

CUARENTA Y OCHO HORAS

—«Estamos cerca de su vida diaria. Porque muchas cosas, grandes o pequeñas, más o menos importantes, dependen directamente de nuestra técnica. Estamos cerca de usted y de la naturaleza...

Fabricamos una línea muy amplia de automóviles, desde el más lujoso del mercado hasta el modelo más práctico (Dodge, Simca 1200, Simca 1000, Simca 900)...»

(¡Y tú aún sin coche!)

—¿Y qué me dices de Anne Marie Proell, que ganó la copa del mundo de esquí?

—Y de FINLEY, que avanza como un claro favorito y entra fuerte en la recta final...

—¿Y de lo riquísima que está Ana Velasco en *Las señoritas de mala compañía*, que te estás perdiendo?

—No te hagas ilusiones, encanto. Todo sigue igual.

Día 7

UNA DE LA TARDE

—Siéntese y escriba. Tranquilamente. No tiene prisa. Diga todo lo que quiera, desde la detención hasta ahora. Aquello de que se considere responsable y aquello que le parezca que no es cosa suya. Si quiere, añada —si quiere, repito—, cuáles son sus ideas políticas. Le dejo aquí solo. No le va a molestar nadie. Si quiere algo, toque el timbre.

Tenía tan escrita en la cabeza la declaración, que me costó poco hacer una especie de borrador.

(¡Yo, el infrascrito!)

(¡Qué mal suena esto de infrascrito!)

XX, de XX años, nacido en... Y en el pleno uso de mis facultades...

(Bueno, pleno, pleno...)

Declaro que el día...

Rompí una primera redacción, en la que ponía que al ver un coche de la policía merodear por el barrio, pensé... No, no, fuera complicaciones.

Que hallándome esperando el autobús, dejé en la repisa de la cabina de teléfonos un ejemplar...

(Mejor así, para qué andar con mandangas...)

Que fui detenido...

(¿Digo lo de «cabrón»? No, ¿para qué? Pues no digo).

Y conducido a la comisaría, donde...

(Por cierto, ¿qué pasó con María Inés? Nadie me dijo nada. Es curioso...)

En los primeros interrogatorios...

(Breve y respetuoso, breve y respetuoso, y lo que pasó, sin más).

En cuanto a mis ideas políticas...

(Breve y ojo)

Declaro no pertenecer a ningún partido político. Me considero demócrata y socialista. No soy separatista, antes bien creo en la convivencia democrática y fraterna de todos los pueblos de España. Mi socialismo es un socialismo democrático, todavía no estrenado, ni sólo reformista del capitalismo ni dictatorial y violento. En esto estoy y esto quiero.»

Toqué el timbre. Bajó el que yo llamaba «el holandés», porque en un interrogatorio hablamos de Holanda, donde me dijo que había trabajado, en un barco. Verdad o no, la cosa es que conocía bien lo que yo conocía.

(Ay, Amsterdam, aquellos meses en Herengracht, en Rosengracht. Y los viajes por el Norte. Y Nimega. Y Delft. Delft sobre todo. Y mis contactos en Utrecht...)

Leyó la declaración. Me preguntó qué quería decir con eso de *socialismo democrático, todavía no estrenado*, que le causaba entre gracia y asombro.

Intenté explicarle. Le expuse el caso de Rusia, de Bulgaria y de... Holanda, para que entendiera bien.

—Es que es usted tan original...

Lo llevó al comisario y éste lo llevaría al gobernador, supuse. Y me volví a mi piso bajo a esperar. ¡Toda la vida esperando!

Día 7

DOS DE LA TARDE

Los amigos de Javier que comían en casa de la hermana de Eduardo celebrando la salida el día anterior, pusieron la Radio Nacional de las dos y media para ver si había algo nuevo.

—Si no pasa nada raro —le había dicho Inma a la madre de Javier hacía un rato—, Javier sale esta tarde.

La madre de Javier revolvió Roma con Santiago. A través del párroco de la parroquia del Huerto, sabía que el juez Zarzales estaba de turno y a él iban a caer, probablemente, los detenidos. Era una garantía.

Pero las noticias de la Radio eran un poco desalentadoras.

—«Barcelona. El fiscal militar del juzgado permanente número 3, en sus conclusiones provisionales, ha solicitado dos penas de muerte para el inculpado Salvador Puig Antich, acusado de ser el supuesto autor del asesinato de un inspector del cuerpo general de policía y de haber intervenido en el atraco a mano armada a una sucursal de Barcelona del Banco Hispano-Americano. Asimismo el fiscal militar pidió treinta años de reclusión para José Luis Pons Llobet y seis años de presidio menor para María Angustias Mateos Fernández, y el capítulo de indemnizaciones apunta la cantidad de 700.000 pesetas para los herederos del policía asesinado y la total devolución del dinero producto del atraco a la sucursal del Banco Hispano Americano».

—Ostras, qué mal se pone esto.

—Bueno, pero esto para Javier ¿qué?

—Nada, macho, si te parece poco.

—Hombre, yo creo que no tiene nada que ver.

—Chiss, calla...

—«Madrid. El tribunal de orden público ha condenado a catorce miembros de la organización terrorista ETA por el delito de asociación ilícita. Los procesados son José Javier Gorostiza Lejarriaga, Luis María Elejalde Zulueta, Bonifacio Badillo Rubio y Luis Roberto Balbín Candas, que han sido condenados a un año y dos meses de prisión menor cada uno. A un año de la misma prisión han sido condenados los procesados Alfredo Joaquín Valcárcel Navarro...

Día 7

TRES DE LA TARDE

La comida se la zampó en un santiamén. Era ya un experto en el uso de la cuchara. Y el trajín de la mañana, las pesadillas de las noches anteriores, la alegría de la próxima salida, el descargo de conciencia que había supuesto la declaración, lo indujeron al primer sueño tranquilo y confortador de las cuarenta y ocho horas.

—«Estás en el umbral del misterio, en la boca de la infernal caverna, en el melancólico vacío del bostezo que conduce al reino de las Sombras, del Sueño y de la Noche, ínclito Eneas, súbitamente abandonado por la Sibila».

....

—«Orfeo sin lira tras las huellas de Eurídice, sacrificado Pólux por amor a Cástor, nuevo Teseo, inspirado Alcides, te internarás en la oblicua garganta abierta en la excavación pelviana rastreando el caliginoso lecho del Aqueronte y la vasta y muerta extensión de la laguna Estigia a través de los tortuosos cuellos del útero y los esponjosos sacos cubiertos de una extraña, parasitaria foliación de algas glaucas que, irresistiblemente, evoca la imagen delirante de la Discordia y su envenenada cabellera de víboras, antes de detenerte frente a la ólmica y secular guarida de fantasmas monstruosos y animales salvajes y contemplar el rostro aterrador de Escila y el de la Quimera en llamas, sortear el letal encuentro con Gorgonas y Arpías y recorrer pausadamente la cara anterior y posterior del paraíso y sus dos bordes y extremidades, próximo ya a las ondas amargas y cenagosas del Cocito,

al acecho de Carón y de su fúnebre y codiciada barca, cercado de miríadas de almas errantes entre las que identificarás las siluetas de Oronte y Palinuro, sin decidirte aún a depositar el óbolo y ganar por fin la tenebrosa orilla, cruzarás el istmo del útero y te adentrarás en una dilatada y proterva cavidad de forma de pera, con la base hacia arriba y la parte delgada hacia abajo, en cuyo centro un enorme perro guardián ahuyenta con feroces ladridos las sombras exangues de quienes, en vida, intentaron violar el secreto del Antro, embriones informes en la oficina de venas y arterias, engendrados en el deleite del sueño y del sudor espumoso de la sustancia humana que, del cuello inferior al hueco superior, recorren la masa de horror, de ponzoña y de asco entre paredes de tejido muscular ornadas de una fauna submarina dúctil e inquietante, cuerpos globosos, frutos estrellados, espinas córneas, cabezas rodeadas de brazos con ventosas, articuladas antenas con movimientos de látigo, y tú sin arredrarte, arrojarás un panal de miel a la triple boca hambrienta y voraz de Cerbero y aprovecharás su denso y momentáneo sueño para colarte por las trompas de Falopio y sus meandros, interiormente tapizados de mullido epitelio vibrátil, desdeñando la vecindad de Minos y de su consejo de Silenciosos, de la infeliz Dido y de Deífobo, hijo de Príamo, avanzando por el conducto visceral que progresivamente se ensancha hasta formar el pabellón de la trompa, especie de flor u orejuela provista de franjas encargada de tomar el óvulo en el momento de la dehiscencia y conducirlo al útero mediante sutiles contradicciones peristálticas».

....

—«Y tú, junto con tus compañeros y amigos que se ganaron el galardón, ante la Primera Maravilla del mundo, a los acordes de una nueva y nunca oída «Marcha nupcial», ves cómo se descorre el velo, el último velo que oculta el presentido paisaje de lirios cándidos y purpúreas rosas, la planicie brillante cubierta de hierba y bañada de sol, en la que los

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

bienaventurados juegan, retozan, cantan en coro y practican deporte, el paraíso final, prometido a la minoría de los castos y de los luchadores».

Día 7

CUATRO DE LA TARDE

No sé por qué, al volver del retrete, en vez de ir a mi cabaña habitual, me dejaron en la primera celda de la izquierda, donde no había estado nunca, una celda estrecha pero no tanto como las dos primeras y abierta por encima, con lo que se me quitaba todo agobio.

Al poco rato sentí que entraba Javier. Ahora, además de la mirilla oía todo. Entró en la celda, esperé a que saliera el policía y grité a voz media:

—Javier, ¿qué pasa? ¡Estoy aquí!

—¿Sabes que salimos luego?

—¿Quién te ha dicho?

—Me han dicho arriba después de hacer la declaración.

—Yo acabo de hacerla.

—Vamos al juez a las seis.

—Un abrazo.

—Otro.

—¿Qué hora es?

—No tengo ni idea. Deben de ser las tres.

—¿Te van a poner alguna multa?

—No sé.

—A mí, seguro.

—¿Te han dicho?

—No, pero seguro. Bueno, es lo de menos. ¡Si no nos enchiqueran! Bueno, a ti no.

—Y tú, si tienes suerte, tampoco.

—Venga, vamos a celebrarlo.

—¿Cómo?

—Vamos a cantar cosas de Estella.

—Ya te oí esta mañana.

—¿De veras?

—Claro. ¡Me partía de risa oyéndote cantar la Internacional!

—Pero ¿se oía aquí?

—Se oía estupendamente. Y te oí también el otro día.

Cantamos los pasacalle de Estella. Los de las fiestas. Con la letrilla popular:

*Que trabaje la guardia civil
que trabaje, que trabaje
que trabaje la guardia civil
que trabajen los curas también...
Laralará, lará, larero...*

Y nos echábamos a reír.

Y luego la aurora de San Isidro:

*Hoy es el día del gran Isidro
Labrador e insigne*

CUARENTA Y OCHO HORAS

*labrador insigne
labrador insigne, gran madrugador,
que salía todas las mañanas
que salía todas las mañanas
antes de ir al campo
antes de ir al campo
antes de ir al campo a hacer oración.*

Y luego empecé yo a cantar las cancionillas de moda:

*Cuando salga la luna
cuando salga voy a verte,
no te quiero ver a oscuras
y sin luz para quererte.*

Javier se mondaba de risa.

Y aquella otra, un poco más campestre y *camp*:

*Soledad
es bella como una amapola
que crece en el trigo sola...*

No estaban los policías de turno y, si estaban, debían de divertirse de lo lindo.

Día 7

CINCO DE LA TARDE

Le había llamado el comisario.

—¡La multa!, dijo entre sí.

—O el anuncio de la salida, le replicó otra voz más optimista de la conciencia.

—O las dos cosas a la vez, concluyó.

El comisario, alto y seco como un reloj de pared, le dijo la hora de la salida hacia el juez, y le entregó un papelito que decía:

«Gobierno civil de Navarra

Asunto: Referente multa impuesta por infracción Ley-
Orden Público
N/R^a: Multas.—Expd. 1633

En virtud del Expediente seguido contra usted y comprobados los hechos que lo motivaron, el Excmo. Sr. Gobernador Civil ha decretado:

«En uso de las facultades que me confieren los artículos 18 y 19 de la Ley 45/1959 de 30 de julio (Ley de Orden Público), modificada por la 36/1971, de 21 de julio, HE RESUELTO imponer e impongo la sanción económica de CIEN MIL pesetas a DXXXX, con domicilio en X, calle de San Esteban n.º 9, 13-B, como comprendido en el Artículo 2.º letras a), e), f) e i) de la citada Ley, porque sobre las 19 horas del

CUARENTA Y OCHO HORAS

día 5 de los corrientes depositó en una cabina telefónica del barrio Avanco de Pamplona, un ejemplar de «La Lucha de clases», publicación no autorizada, ocupándosele, al ser detenido por Funcionarios del Cuerpo General de Policía, una cartera de mano con diversos ejemplares de propaganda subversiva, habiendo reconocido en su declaración ante la Comisaría de Policía que los ejemplares de propaganda clandestina que recibe los destina a Centros de documentación y colaboradores de su absoluta confianza; así como porque tomó parte en una reunión ilegal en el Seminario Diocesano, el día 19 de noviembre último, en la que se adoptaron conclusiones que atentan contra la unidad espiritual, nacional, política y social de España, encargándose posteriormente de hacer circular dichas conclusiones entre los distintos sectores de la población.

Se le conceden QUINCE DIAS HABILES para el pago en período voluntario, pudiendo interponer el recurso preceptuado en el Art.º 21 de la Ley sancionadora, en el plazo señalado por él.

Notifíquese en forma reglamentaria.

Pamplona, 7 de diciembre de 1973.

El Secretario General
(ilegible)

Día 7

SEIS DE LA TARDE

Fueron devolviéndome todo: el reloj, la medalla, el cinturón, el pañuelo, los lazos de los zapatos. Ochenta y tres, no, ochenta y ocho pesetas.

Cuando subió Javier, nos dimos un fuerte abrazo.

Nos pusieron luego las esposas. Eran plateadas, brillantes, bonitas como unas pulseras de ocasión. Las mirábamos, nos mirábamos. Estábamos como niños con esposas nuevas.

Nos metieron en la camioneta, uno a un lado y otro a otro, con dos policías armados, uno a un lado y otro a otro. Uno era de Salamanca. De un pueblo de Salamanca.

—¡Qué bonito es Salamanca!

—¿Lo conoce?

—Mejor que la comisaría. Y ¿qué tal por aquí?

—Mal. Cada día con jaleos. Cada día en la calle.

Salimos de la calle Paulino Caballero, pasamos por la plaza del Vínculo y atravesando un ángulo del paseo de Valencia llegamos a la Audiencia. En el trayecto buscábamos alguien conocido, una mirada, una sonrisa. Nadie. Todo el mundo iba, evidentemente, a lo suyo. Estaba ya oscureciendo. Era la hora tenebrosa de los paseos, de las liquidaciones en cualquier recodo, en cualquier desmonte. La nuestra era la hora de un pequeño, anónimo paseo triunfal.

Atravesamos los kafkianos pasillos y corredores judiciales. Juzgado n.º 2. Yo, primero. Javier, después.

—Quítenle las esposas, dijo inmediatamente el juez.

Leyó el atestado. Me confirmé en cuanto yo había dicho, que allí se recogía bastante fielmente. Algunas matizaciones. Nada. Una señora madura escribía lo que el juez le dictaba. Este, de rostro grave e inteligente, de quien está acostumbrado a leer entre líneas y entre leyes, dio luego un repaso a la carpeta de materiales que le habían llevado. Leía atentamente, con la cabeza baja, la *rima* de *El Pensamiento Navarro*

*¿Quién lee aquí «El Pensamiento»?
Cien clérigos de sotana
de aquesta Hermandad invicta.
Tres canónigos sedientos
de sacrosancta vindicta...*

(Seguro que le hace gracia, seguro)

El juez me conocía, según me dijo, de varias actuaciones anteriores, no judiciales. Era como si el examinador me hubiera tenido alguna vez en clase.

—Queda libre y que no tenga que verlo de nuevo en estas danzas.

Le estreché la mano con la fuerza de quien se había librado de los hierros.

Esperé a Javier fuera. A cierta distancia, amigos y familiares esperaban que saliéramos. Señas y alguna palabra cortada por el policía salmantino, que mejor estaba allí que reventando alguna manifestación en la Rochapea.

Cuando salió Javier, otro fuerte abrazo y hala, a la calle.

Desde allí a las Reparadoras, entre fiestas y cariños. Unos estudiantes del Centro de Estudios Teológicos me dieron

unas rimas que habían echado por la calle durante nuestra ausencia, como un ingenuo homenaje:

*«Hombres navarros, de temple
de pecho y alma blindada,
defended al inocente
si queréis que la Palabra
vuelva a ser fiel y potente».*

Pero al llegar al Centro, alguien dijo que por allí mismo andaba un coche de la policía. Nos dispersamos como pájaros al primer disparo.

Me fui solo a coger «La Montañesa» para Barañain. Tres pesetas. Tres pesetas rubias.

Daban las siete en el reloj de San Lorenzo.